# Mujeres de Tierra y Libertad

Sandra Arenal

CONSEJO PARA LA CULTURA Y LAS ARTES DE NUEVO LEÓN (CONARTE)

# Mujeres de Tierra y Libertad

CONSEJO PARA LA CULTURA Y LAS ARTES DE NUEVO LEÓN
(CONARTE)

Reedición. Marzo 2014.

Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León (CONARTE)

Todos los derechos reservados conforme a la ley

© 1999 Gobierno del Estado de Nuevo León
Consejo para la Cultura de Nuevo León
© 1999 Sandra Arenal
Concepto editorial: César Meraz
Cuidado editorial: Eduardo Parra / Víctor Hurtado
Coordinación editorial: Carolina Farías

IMPRESO EN MÉXICO

ISBN 970-18-1078-3

# Mujeres de Tierra y Libertad

*Sandra Arenal*

CONSEJO PARA LA CULTURA Y LAS ARTES DE NUEVO LEÓN
(CONARTE)

En memoria de mi
hijo y mi madre,
que recién partieron

# PRESENTACIÓN

# INTRODUCCIÓN

¿Por qué hacer un libro sobre mujeres y, más aun, sobre las marginadas? Darles la palabra, ¿para qué? Que nos cuenten sus vidas, ¿con qué objeto?

La idea que dio origen a la presente investigación surgió al cumplirse el 25 aniversario de la colonia. Pues en esas fechas, como todos los años, se llevaron a efecto los festejos con la concurrencia de la prensa, la televisión y diversas personalidades destacadas que vinieron desde la capital de la república para hablar o escribir sobre el evento. Fue entonces cuando consideramos importante dejar registrada la voz de algunas mujeres que participaron en la invasión de Tierra y Libertad y que, veinticinco años después, siguen trabajando y luchando con el fin de lograr una vida más digna.

Para dejar constancia de sus testimonios, cada una de las entrevistadas dio respuesta a un cuestionario preparado de antemano en el que las principales preguntas fueron: ¿Cuántos años tenía usted al llevarse a cabo la invasión? ¿Cuál era el número de hijos que tenía al iniciarse el proceso y cuántos nacieron después de los hechos? ¿Qué grado de escolaridad tenía entonces? ¿Cuál es su lugar de nacimiento? ¿Qué trabajos realiza o realizó fuera del hogar? Así como otros cuestionamientos relacionados con su estado civil, quién de su familia tomó la decisión de invadir los terrenos, qué tipo de liderazgos desempeñó dentro de la colonia; y, por

último, qué ha significado en su vida la invasión y, después, su residencia en la colonia Tierra y Libertad.

Concentrados los datos anteriores en la experiencia personal de las diez mujeres entrevistadas, encontramos que: en cuanto a la edad, dos de ellas tenían entre veinte y veintitrés años al momento de la invasión; cinco contaban entre veintinueve y treinta y dos; dos más estaban entre los treinta y siete y treinta y nueve años, y sólo una tenía cincuenta y cinco.

Respecto a los hijos que tenían cuando se dieron los hechos, y los que tuvieron después, las respuestas fueron: sólo una llegó sin hijos y después le nacieron cuatro; otra llegó con cinco y le nació uno más; una llegó con siete niños y después ya no le nació ninguno; una más llegó con cuatro y ahí le nacieron tres más; dos de las entrevistadas al llegar traían seis hijos y les nacieron otros dos; otra llegó con cuatro y le nacieron otros cuatro posteriormente; una de ellas desde que llegó llevaba nueve niños, otra diez y una más doce. La mayoría sufrió abortos o contratiempos en diferentes momentos.

El sondeo acerca de la escolaridad reveló que cinco jamás fueron inscritas ni asistieron a la escuela; dos de ellas cursaron solamente hasta el tercer grado de primaria; una terminó la primaria completa; otra llegó hasta segundo de secundaria; y otra ya era maestra y siguió estudiando hasta graduarse de licenciatura.

Las preguntas relacionadas con el origen revelaron que siete de ellas son emigrantes del campo, dos venían de otras ciudades y sólo una nació en Monterrey.

En cuanto a los trabajos desempeñados fuera del hogar: cuatro eran empleadas en el servicio doméstico. Una de

ellas trabajó la mayor parte de su vida como pizcadora y trabajadora migrante. Otra más fue mesera y después cajera; y sólo hubo una que era maestra. Tres de ellas sólo se desempeñaron como amas de casa.

Respecto al estado civil: seis casadas; dos sólo juntadas; una casada, divorciada y después arrejuntada; y otra casada y abandonada.

En cuanto a quién tomó la decisión de sumarse a la invasión de Tierra y Libertad: seis de ellas tomaron la decisión solas, incluso contra la voluntad del marido; tres lo hicieron junto con su pareja; y en un solo caso la decisión implicó a toda la familia, con el hijo a la cabeza.

Los liderazgos que cada una de ellas ha llevado a efecto en Tierra y Libertad son: todas han sido jefas de manzana; todas han sido delegadas de su sector ante el frente; todas han formado parte de la Comisión de Vigilancia; todas, a lo largo de estos 25 años, han sido, en diferentes periodos, parte de la Dirección Colectiva del Frente Popular; dos de ellas han sido candidatas a diputadas, y una de las entrevistadas actualmente es diputada local. Todas coincidieron en declarar que estar en la colonia Tierra y Libertad ha sido lo mejor que les ha pasado.

Este sería, a grandes rasgos, el balance cuantitativo que podemos extraer de los datos que nos proporcionaron. En cuanto al balance cualitativo, que es el que más nos interesa, se encuentra narrado de manera detallada en cada uno de los relatos que transcribimos a continuación: historias bellas, como han de ser las de miles de mujeres mexicanas que día con día luchan para sobrevivir y sacar adelante a sus hijos, así como para tener una vida más digna y de menor sufrimiento para las futuras generaciones.

Por eso consideramos que son muy importantes las vivencias y las vidas de estas mujeres.

Por último, nuestro deseo es que este libro sea un homenaje a todas las mujeres que han luchado desde hace 25 años en el Frente Popular Tierra y Libertad, y a aquéllas que se incorporaron después a la lucha.

*Sandra Arenal Huerta*

LIGA
PT
FEMENIL
COL. SAN
OSME
COLONIA JOSE MARTI
Liga femenil
PT

# EL PAPEL DE LAS MUJERES EN LOS PROCESOS DE OCUPACIÓN DE LA TIERRA

Entre los múltiples atributos empíricos con los que se ha asociado el concepto de la marginalidad, la ocupación ilegal de la tierra urbana aparece como constante en todas las descripciones relacionadas con este fenómeno, ya que forma la base del asentamiento y constituye el punto de partida de la existencia de los marginados.

Por algún tiempo los migrantes llegaron a Monterrey en forma dispersa y pacífica, pero no todos encontraron cabida en el mercado industrial de trabajo. Inicialmente ocuparon las viviendas más baratas: primero los tugurios, hacinándose en las viejas casonas céntricas de los municipios conurbados, para luego ir poblando la periferia y los intersticios del espacio urbano, principalmente en las zonas aledañas a las colonias industriales debidamente establecidas. Los recién llegados ocuparon en forma irregular estos predios ante la indiferencia -hasta ese momento- tanto de las autoridades como de los particulares, a quienes incluso llegaron a pagar una renta por el piso. Este es el caso por ejemplo, de las más antiguas colonias de posesionarios en Monterrey: El Pozo y La Coyotera, cuya existencia se remota a 1940.

A inicios de los sesenta el crecimiento de los sectores de bajos ingresos empezó a dar signos de alarma. En estas fechas, concretamente en 1962, y de acuerdo a la clasificación hecha por el entonces recién creado Departamento del Plan Regulador de la Ciudad de Monterrey y Municipios Vecinos,

estos sectores constituían el 55.5 por ciento de la población con un total de 86 mil familias, dedicadas principalmente a la industria de la construcción, al pequeño comercio y a los servicios domésticos. Un alto porcentaje de estas familias (57 por ciento) vivían en casas de renta mientras que el 16 por ciento rentaba sólo el piso; el resto eran propietarios de sus viviendas.

Sin embargo, a partir de este momento la invasión masiva de tierras se volvió una práctica relativamente frecuente, ya que apelar a la acción directa o a la fuerza organizada para conquistar la tierra urbana, creando de esa manera derechos originales de apropiación, es lo que otorga real visibilidad al grupo. Como ya ha sido señalado por otros investigadores, las invasiones de este periodo fueron encabezadas en su mayoría por la Confederación de Organizaciones Populares (CNOP), la cual junto con las otras organizaciones de tipo corporativo (CTM, CROC) había sido dotada de un gran poder de gestión sobre de la tierra urbana, principalmente en aquélla que era demandada por las crecientes oleadas de inmigrantes. Este mecanismo permitió un control relativo de los recién llegados, al mismo tiempo que los incorporó masivamente al partido oficial con fines electorales. El parentesco político entre los organizadores de las invasiones y el gobierno nos hace saber que de algún modo las autoridades estaban informadas de la invasión. Quizá las permitieron como una forma de resolver el problema creciente de la vivienda y la tierra en la ciudad, dada su incapacidad para darle solución. Los terrenos por lo pronto eran invadidos, después el gobierno intervenía para la regularización de la tenencia de la tierra. Con este fin fue fundada la Oficina de Colonos y Posesionarios (OCP).

En 1968, el gobierno de Eduardo Elizondo prohibió la venta de terrenos sin urbanizar, con el objeto de implementar un programa de introducción de servicios públicos que requería de la tenencia legal de la tierra. En realidad dicha prohibición agudizó el problema propiciando un aumento en las invasiones ilegales. Este hecho, vinculado a una nueva oleada de inmigrantes que para fines de los sesenta podría con dificultades obtener un empleo estable, dio lugar a la aparición de organizaciones políticas de posesionarios que escaparon incluso a los controles tradicionales señalados anteriormente. La ubicación de algunos de los nuevos asentamientos llegó a afectar los intereses de los sectores privilegiados. Este era el caso de ciertas colonias pertenecientes a la comuna de posesionarios Tierra y Libertad, fundada en 1973. Aunque su asiento principal estuvo localizado al norte de la ciudad en terrenos de poco valor, afectó también algunas zonas del sur ubicadas en terrenos previstos para la expansión de áreas residenciales de alto valor. Al mismo tiempo, Tierra y Libertad incorporó a su organización uniones de inquilinos, principalmente en céntricas vecindades, que a partir de ese momento dejaron de pagar renta y servicios. Además, a diferencia de las invasiones de la década anterior, éstas eran encabezadas por grupos políticos de izquierda de ideología maoísta.

Las mil quinientas familias que fundaron la colonia Tierra y Libertad provenían de los lugares aledaños. Es decir, ya estaban en el área, hacinados con conocidos y familiares o en las vecindades que se extienden a lo largo de la avenida Bernardo Reyes, al norte de la ciudad. El llamado a invadir, que a través de volantes hicieron los dirigentes, fue recibido

por estas familias como una oportunidad de obtener un terreno propio y un poco más de espacio para vivir.

El número de invasiones promovidas por Tierra y Libertad creció entre 1973 y 1976, y en este año se constituyó el Frente Popular Tierra y Libertad. Éste, según datos del Programa Nacional de Solidaridad, llegó a aglutinar 31 colonias de posesionarios, 16 vecindades (a las cuales la organización llamaba bases inquilinarias), tres uniones ejidales y tres organizaciones con algún tipo de actividad económica: Unión de Choferes, Unión de Comerciantes, y la Unión de Fotógrafos.

A pesar de que no todos los inmigrantes, ni todos los sectores marginados se incorporaron a la organización fundada por Tierra y Libertad, la movilización vinculada a la conquista de la tierra urbana aparece en esta época como un denominador común y como evidencia de la presencia y especificidad de este grupo social. La movilización que tiene por objeto la apropiación colectiva de la tierra y que al mismo tiempo permite la fundación del grupo, genera en él pautas de comportamiento semejantes y comunidad de intereses.

Una vez asegurada la posesión de la tierra, se desarrollaron formas de organización que tenían por objeto la producción y reproducción de la vida social del grupo. Su supervivencia en estas condiciones sólo fue posible a través de la solidaridad y la fuerza de su propia organización.

Los testimonios orales de mujeres que participaron en la formación de Tierra y Libertad, recopilados por Sandra Arenal, representan una valiosa contribución a los esfuerzos por interpretar un proceso social en el que las mujeres constituyeron la base de la resistencia. En sus discursos, estas

mujeres recuerdan la carencia de recursos económicos que dificultaba el sostenimiento familiar, hablan de su decisión de solucionar al menos el problema habitacional a través de su incorporación al movimiento, y resaltan la solidaridad de grupo, acrecentada ante el acoso de las autoridades, los conflictos y los enfrentamientos.

Los discursos de las mujeres entrevistadas por Sandra Arenal proyectan, además de su conciencia de clase, su situación de género. La información de primera mano contenida en la documentación (la cual no ha sido alterada) revela el conflicto doméstico que vivieron muchas de estas mujeres al romper con la subordinación tradicional que debían a sus maridos y trasladarse con sus hijos a los terrenos ocupados. Ahí improvisaron viviendas, recibieron y brindaron apoyo a otras mujeres que como ellas habían decidido obtener la tierra y, por último, recibieron a los maridos, quienes en muchos casos se habían mostrado escépticos o contrarios a la idea de sumarse a los posesionarios de Tierra y Libertad. Entre líneas, sus palabras narran el inicio de un proceso de politización, que en ocasiones habría de desembocar en la formación de lideresas convencidas de la causa.

Como tantas mujeres que, en México y en otros países de América Latina, integraron o encabezaron movimientos en pro de satisfacer las necesidades vitales de sus grupos sociales, hacer respetar los derechos humanos y exigir la justicia ante la desesperación de sus hijos, las participantes en la ocupación de Tierra y Libertad rompieron su estatus genérico de amas de casa e incursionaron en espacios públicos al realizar acciones políticas que habrían de incidir en el desarrollo de su sociedad.

De las experiencias acumuladas en estas páginas se puede inferir, además, si como seres sociales ellas vieron acrecentado su prestigio debido a la lucha que llevaron a cabo; si durante los momentos difíciles contaron con el apoyo y reconocimiento de sus familiares; si, gracias a sus actividades, lograron transformar las relaciones de género dentro de la comunidad de Tierra y Libertad; si las más politizadas se proyectaron hacia el exterior en la política formal hasta alcanzar las cúpulas del poder, o se mantuvieron dentro del cerco de su territorio.

Así, los testimonios aquí expuestos trascienden su principal objetivo al brindar a investigadores e investigadoras la oportunidad de analizar otros aspectos vitales en la existencia de este grupo femenino que rompió con el modelo cultural que lo encasillaba dentro del espacio privado, para salir a las calles a pelear por la satisfacción de sus necesidades, alzar la voz, hacer valer sus derechos y ver realizados sus propósitos.

*María de los Ángeles Pozas*

# LA CIUDAD Y EL MOMENTO

Para analizar el entorno social en el que se desenvolvió el nacimiento de la colonia Tierra y Libertad, en la ciudad de Monterrey, es necesario ubicar dicha organización dentro del contexto social local, e incluso nacional, y poder darle su verdadera dimensión como baluarte de las organizaciones sociales urbanas.

El movimiento de 1968 fue un parteaguas para los movimientos de masas, si bien a nivel nacional antes de esta lucha destacaron las huelgas de ferrocarrileros, mineros y maestros, entre otras. Es a partir del movimiento estudiantil que la sociedad en pleno empezó a manifestar su descontento con el régimen y a exigir públicamente que se cubrieran sus necesidades y carencias más urgentes.

Así, podemos observar que durante los años setenta la participación ciudadana entró en apogeo con el florecimiento de una serie de movilizaciones, protestas y organizaciones de masas.

Monterrey, aquella otrora tranquila ciudad de provincia, también se vio involucrada en esta vorágine. Recordemos los movimientos estudiantiles de la Universidad Autónoma de Nuevo León; la creación de Aulas Anexas, en Medicina; el movimiento normalista en lucha por no perder la práctica pedagógica remunerada; la creación de la Normal Popular, entre otros. También destaca la efervescencia del movimiento magisterial; la lucha de los obreros de la Fundidora Monterrey, secciones 67 y 68; el Sindicato de Medalla

de Oro; la lucha de las trabajadoras de maquilas; los y las telefonistas, entre otros más.

Además, en este periodo hubo quienes pensaron que la vía pacífica, la toma de las calles, los mítines y las huelgas, no eran la solución y se fueron por el lado del movimiento armado. Aquí mismo, en nuestra ciudad, nos tocó presenciar los asaltos bancarios de los guerrilleros, el asesinato de Eugenio Garza Sada, el secuestro del Boeing 747 y muchas otras manifestaciones violentas.

Dentro de este ámbito, tan convulsionado, se inició en Monterrey la lucha urbana que aglutinaría a cientos de migrantes del campo, así como a estudiantes y obreros, en la búsqueda de la resolución del problema urgente de la vivienda. La crisis de suelo urbano y vivienda que enfrentaban miles de pobladores de escasos recursos en esta urbe, aunada a fuerte desempleo, a la gran explosión demográfica que se vivía, y a una incontenible migración del campo a la ciudad, fueron los factores que motivaron las grandes invasiones de predios y el surgimiento del Frente Popular Tierra y Libertad.

Este frente vino a responder a las necesidades de organización fuera del marco de las centrales obreras controladas por el PRI-gobierno, para que la gente llegara a la autogestión. la autonomía, la autoorganización y la autoconstrucción, como un proyecto alternativo de desarrollo urbano y, a largo plazo, como un proyecto de sociedad basado en la igualdad y el bienestar de las mayorías, con una verdadera democracia, justicia y equidad.

*Sandra Maldonado Arenal*

# TESTIMONIOS

# JUANITA

Nací en Monterrey, en 1931. Mi papá trabajaba en las pedreras, así que vivíamos en la colonia Moctezuma, cerca de lo que ahora es Tierra y Libertad. Éramos diez hermanos: cinco hombres y cinco mujeres.

Fui la penúltima de la familia. Nunca asistí a la escuela.

Mi papá tomaba mucho y mi mamá tenía que trabajar todo el día.

Algunos de mis hermanos comenzaron la escuela, pero ninguno la pudo terminar porque en la casa se necesitaba dinero. Así que por razones económicas, todos se pusieron a trabajar desde muy chicos.

Yo desde los doce años le comencé a ayudar a mi mamá a lavar y planchar ropa ajena. Mis hermanas se casaron todas chicas, con tal de irse de la casa, porque como papá tomaba mucho se enojaba y hacía desfiguros. Siempre estaba de mal humor. Para mis hermanas eso era una vergüenza. Cuando esto pasaba, mamá, mi hermanita más chica y yo nos escondíamos en una mora, ahí nos estábamos hasta que se le pasaba la borrachera. Las grandes mejor se salían, y por eso se fueron con los novios.

Lo bueno es que les resultaron buenos maridos, y es que más antes la gente tenía mejor modo de pensar: había recogimiento y respeto. Mis cuñados eran trabajadores; uno era obrero de Celulosa, otro jalaba en la jabonera, y el otro era talabartero.

Sin embargo, en la casa siguió la misma historia con mi papá, y a los dos o tres años, cuando yo ya traía novio, también me avergonzaba con él. Así que mi novio y yo un día nos fuimos al civil, pero como en aquel tiempo no casaban a las muchachas tan chicas, pues llamaron a mi papá y él tuvo que dar el sí. Mamá no hablaba, era muy sumisa.

Mi marido era albañil, siempre trabajó por su cuenta, así que nunca me inscribieron en el Seguro Social. Tuve doce hijos. Tres se me murieron; uno al nacer, el otro al año y medio, me dijeron que fue de anemia, y el otro a los tres meses, cuando estaba chiquito.

Con los años mi marido comenzó a tomar también, y volvió a suceder lo de mi padre.

Hay tantas y tantas cosas que pasan..., pero yo no le echo la culpa a la vida, ¡no!, son las personas, es el modo de pensar de cada individuo. Yo le decía a él que no tomara, y él me contestaba: "Al fin me voy a morir algún día".

Yo pienso que estamos en el mundo para hacer cosas positivas, mejorar o simplemente vivir con respeto y ser respetados.

Al casarme rentamos una casita de adobe y de blocs. Vivíamos ahí abajo, y como aquí era puro monte y sólo había de esos árboles que les llaman chaparros, se veía para acá porque es cerro, y en aquel tiempo lo que se veía eran puros tiraderos de basura.

Cerca de donde vivía, en la casa de la comadre Juanita, ahí mismo, en la colonia Moctezuma, se comenzaron a hacer juntas. Venían estudiantes, que luego fueron nuestros líderes y algunos lo son todavía, y de lo que ahí se hablaba era de invadir los terrenos.

A las juntas sólo iba yo, ya que cuando se lo platiqué a mi marido me dijo que las dejara, que sólo eran borloteros y que me iban a meter a la cárcel. Sin embargo yo seguí.

En esas juntas, al principio, nos reuníamos sólo unas doce o quince personas, luego se fueron agregando más y más, hasta que llegaron a ser muy grandes las reuniones.

Después de mucho platicarlo, ahí mismo se fijó la fecha.

Fue de un día para otro. Todo el mundo se tenía que presentar a las tres de la madrugada, ya nos habían explicado que tenía que ser a esas horas.

Yo me vine a invadir sola, pero fue hasta las siete de la mañana, después de que mi marido se fue a la obra: agarré mi cobija y unos palos y en el lugar que me asignaron hice mi carpita. Ya para las once del día había demasiada gente, habían venido de todas partes, éramos varios cientos.

Donde vivíamos se quedaron los hijos, mi marido y la esposa de mi hijo el mayor, que ya se había casado. Mi hijo más chico tenía, en este tiempo, cinco años y es el que al año siguiente entró aquí a la escuela. Entonces yo tenía casi cuarenta años y nueve hijos, los otros tres ya se me habían muerto.

Me mudé totalmente, incluso me traían acá de comer. Mi marido no venía para nada, ni siquiera me venía a ver, estaba enojado. Pero yo, como todos los días teníamos comisiones, estaba muy ocupada.

A las dos o tres semanas vinieron unos muchachos de la universidad para planear las manzanas y a cada quien le dieron su terreno ya con cierto orden.

En el centro del lugar, que es donde ahora está la escuela Emiliano Zapata y el Centro de Desarrollo Infantil

(CENDI) número ocho, se dejó un pedazo grande para "hacer bandera", además ahí se hacían las juntas.

Había sonido prendido de noche y de día. En las noches hacíamos guardias. Primero fueron por número de compañeros, luego ya fue por manzanas. Se les llamaba rondines y los hacíamos porque estábamos amenazados de que nos iban a sacar. Resultó que, después de la invasión, aparecieron muchos dueños de los terrenos que por años y años habían estado completamente abandonados.

Una de las primeras cosas que hicimos entre todos fue desaparecer la basura. Para ello la enterramos, y con gran parte de ella llenamos las zanjas que había, para luego poder hacer encima nuestros cuartitos. Por mucho tiempo esto fue puras casitas de pedazos de madera, láminas, trapos y cartones.

Como al año se comenzaron a construir en mejor forma las casitas. Las primeras fueron de madera y lámina galvanizada y muy pocas de blocs, que casi siempre eran traídos de algunas casas donde habían vivido y las tumbaron al venirse. Así fue como le fuimos dando forma a la colonia.

Desde un principio, como dije, estudiantes de la universidad hicieron planos de las calles y manzanas para estar bien organizados y para meter el agua y el drenaje. Ellos nos explicaban que eso era muy importante.

Esto era un monte, no había agua en ningún lugar, pero sabíamos que por arriba, enterrados en el cerro, pasaban los tubos del agua. Primero decidimos acudir al Municipio a que nos dijeran por dónde estaban, pero no nos hicieron caso, así que mejor escarbamos y escarbamos muchos días y por todos lados hasta que dimos con ellos. Con cooperación de todos compramos tubos y llaves e hicimos una gran red

de agua, con llaves colectivas. Esto lo hicimos en uno o dos meses, luego por las calles hicimos zanjas y metimos el agua, primero por manzanas y luego por lotes. Esto nos llevó más de un año, todos tenían que trabajar y lo hacían en forma colectiva. Las jefas de manzana eran las encargadas del control del agua y de las llaves, tenían una gran responsabilidad porque había que cuidarla y racionarla, y aunque no la pagábamos, después de tener que cargarla desde casi un kilómetro a la casa, sabíamos lo que valía. Todo fue con trabajo colectivo, de todos, fueron muchos meses de escarbar y escarbar por todos lados.

La escarbada era muy dura porque este cerro es de pura roca, no en balde estaban aquí las pedreras.

Otra cosa que se hizo de inmediato fue construir la escuela. Se discutió en una asamblea, y como se vio que había muchos niños, se acordó hacerla entre todos, también en forma colectiva, y para eso primero juntamos el material por varios meses, bloc por bloc. A las pedreras que estaban arriba les pedimos material y nos dieron piedra, cemento, arena y algunas varillas. La mano de obra la pusieron los hombres y también las mujeres, porque bien que trabajamos.

Se construyó en Domingos Rojos, así les llamábamos. Todos cooperábamos: las mujeres hacíamos la comida y las aguas frescas, y si era necesario también le entrábamos a la mezcla, o el acarreo de blocs. La tarea era tener para septiembre la escuela, para comenzar el año escolar igual que todas las demás escuelas para que los niños no perdieran año. También se hacían kermeses para juntar dinero para las comidas colectivas y lo que faltara del material.

Mi marido, era albañil, en eso comenzó a participar y lo bueno fue que le gustó.

La mayoría de la gente de aquí sufrimos mucho esos primeros años, por falta de dinero, medicinas y alimentos, ya que a los hombres, en muchos lugares, si sabían que eran de Tierra y Libertad, los desocupaban. También las mujeres que trabajaban no debían decir que eran de Tierra, porque las desocupaban. Todos teníamos muchas apuraciones, pero el trabajo colectivo nos ayudó a sobrellevar muchas cosas: ahí veíamos que éramos muchos y que no estábamos solos; pobres habíamos sido toda la vida, pero por primera vez ya no estábamos solos.

La construcción de la escuela fue lo que más acercó a mi marido al trabajo de la colonia, porque le iban a pedir opinión de cómo hacer las placas y las columnas. Entonces ya no se negaba y se incorporaba al trabajo, además le daba mucho gusto que acudieran con él a pedirle opinión. Desde entonces ya se incorporó y luego ayudó en muchas otras cosas que se hicieron en forma colectiva. Ese trabajo de todos juntos, en los Domingos Rojos, nos acercó unos a los otros, y los que estaban renuentes al principio se incorporaron, primero a la colonia y luego al Frente Popular.

Esos domingos eran de gran convivencia y camaradería.

Sin embargo los primeros años fueron muy pesados porque estábamos amenazados. Incluso hubo enfrentamientos con la policía muchas veces, hasta hubo muertos. Fueron muy duros, pero a los colonos nos unieron, nos hicieron formarnos una conciencia de solidaridad que después nos ha servido por años y años.

Todos mis hijos terminaron la primaria y dos secundaria; uno estudió contaduría y trabaja en eso. Las muchachas sólo la primaria y luego se casaron. Ahorita ya todos están

casados, con excepción del más chico, que tiene veintisiete años y vive conmigo.

También conmigo viven dos hijas, que son madres solteras.

Una tiene tres niñas y la otra dos, que también son mujercitas. Y para el respeto vive otro hijo mío casado, que ya tiene una niña y está esperando otro hijo, ¡estoy rodeada de muchas mujeres...!

El mayor de mis hijos ayudó a organizar la Unión de Choferes. Era muy jalador. Ahora está enojado conmigo y se retiró de la organización. Lo que pasa es que se volvió desobligado, ya tenía cuatro hijos y no llevaba dinero a su casa. Se volvió mujeriego y se corrompió. No quería cumplir con la mujer. Yo le reclamé y se disgustó. A mí me podían mucho los niños, y como mi nuera era muy buena y aguantaba, pues fui yo la que le reclamé. Él se enojó y se fue de la organización.

Yo era muy activa y en el año de 1975 me propusieron para que, junto con un grupo de jóvenes, me fuera a capacitar a Tuxpan, Jalisco, para luego instalar aquí una fábrica de calzado.

Estuvimos tres meses allá, éramos seis hombres y ocho mujeres. Nos dieron clases de cómo hacer el calzado. Además visitamos varias granjas, ejidos y aserraderos, para ver cómo se trabajaba en forma colectiva.

Al regresar, en una asamblea del frente, me eligieron para que yo fuera la responsable del taller de calzado. El taller fue bien equipado con máquinas planas de coser y de cortar; también la de stuchear, que era la principal, y la zajadora.

Tan luego que llegamos, comenzamos a trabajar en el taller. Lo hacíamos solos: fuimos a buscar la baqueta, los tacones, las cintas, todo lo necesario, y comenzamos a producir.

Yo estaba muy entusiasmada, pero sentía que algo nos faltaba. No sabía qué era, pero tenía la sensación de que algo nos faltaba. ¡Lo que son las cosas!

Lo de la fábrica de calzado y otros proyectos fue resultado de la matanza de 1975, cuando el comandante Paura vino y agredieron a los compañeros. En el enfrentamiento hubo varios muertos. Eso trajo como consecuencia una gran indignación de la gente, y a raíz de eso protestamos. La agresión fue muy violenta, al grado que trabajadores de diferentes sindicatos nos apoyaron en las calles, y no se diga los estudiantes, ésos siempre estaban con nosotros.

Mucha gente nos apoyaba. Hicimos varias manifestaciones pidiendo justicia para las familias de los muertos y la destitución de Paura, pero aquí no nos hicieron caso, nos ignoraron. Entonces, en una asamblea del frente, decidimos irnos a México marchando.

Así lo hicimos y empezamos la caminata un día en la mañana, todos a pie: mujeres, niños, jóvenes y viejos. Vinieron muchos estudiantes y trabajadores de diferentes empresas, también había un grupo de mujeres de Medalla de Oro que estaban en huelga, todos ellos nos acompañaban.

En Saltillo entramos y descansamos un rato en la Plaza de Armas. Ya ahí nos decían unos policías que nos debíamos regresar, pero no les hicimos caso y seguimos.

En Matehuala nos detuvieron antes de entrar: mandaba decir el presidente de la república que recibiría a una comisión. Ahí enmedio del monte, hicimos una asamblea y

acordamos mandar la comisión. Los demás regresamos en los camiones que nos mandaron para eso. El profesor Beto y Lupita eran de los que formaban la comisión.

Al volver de la ciudad de México traían varias propuestas del presidente:

Pensión de por vida a las viudas de los muertos. Estudios con becas para sus hijos.

Respeto a sus casas para vivir.

Eso era sobre los muertos, pero aparte nos informaron que el gobierno ofrecía capacitar a la gente para hacer cooperativas y así tener mejor modo de vivir. Por eso unas semanas después nos fuimos a capacitar, unos en zapatería, otros en cuestiones de ropa, aquí mismo en la escuela Pablo Livas; también fueron algunas compañeras y otros con la Conasupo, para tener nuestras propias tiendas.

Yo quedé en el taller de calzado como cabeza, pero les decía que pusieran a alguien de administrador, porque yo no sabía leer; o que me preparan. Pero esto no sucedió porque no había tiempo y lo que sí había mucho eran tareas: estábamos con la introducción del drenaje a la colonia, había que agregarle salones a la escuela, se estaba construyendo el primer dispensario, la colonia seguía creciendo y había que organizar las nuevas manzanas; además había otras invasiones y debíamos ir a dar el apoyo. Todos los días había comisiones. Era mucho el trabajo.

Las cooperativas se echaron a andar, pero todas, unas antes y otras después, fracasaron, Y es que lo que no entendíamos en ese momento, porque no lo entendíamos, era que no sabíamos nada de administración y producción. No nos dieron cursos sobre eso, ni se nombró a alguien con los conocimientos necesarios para planear la producción,

así que fracasamos. Todo esto yo lo vine entendiendo años después, en aquel momento creía que todo se debía a mi falta de capacidad para mandar a los muchachos, porque no me hacían caso. Me sentí mal, pero como había tanto trabajo y comisiones, no me duró mucho eso.

Aquí nunca se puso una escuela de alfabetización para adultos, la mayoría fuimos aprendiendo poco a poco y solas, como pudimos. Muchas nunca lo lograron.

Los líderes siempre nos enseñaron teoría, pero no le dieron importancia al asunto de la lectura y la escritura, a la educación. Claro que eso lo pienso ahora, antes no lo veía así. Y claro que todos, ellos y nosotras mismas, siempre estábamos ocupadísimos en miles de tareas de gestión, de defensa y de construcción.

Yo ya tenía nueve hijos, así que el trabajo en la casa también era muy pesado. Tenía a mi nuera, que no le podía dejar todo a ella sola, así que me tenía que echar la lavada y la planchada de todos, aparte de las tareas de la manzana. Fue jefa de manzana muchas veces, y representante ante el frente por mi sector, lo que quería decir que tenía que estar en las reuniones y en muchas actividades de la comunidad, así que estar al frente del taller de zapatería era una tarea más que me asignaban, pero además era como un honor, por eso no la rechacé.

Me gustaba mucho ese trabajo, pero era muy pesado; yo nunca fallaba, pero algunos compañeros, que eran muy jóvenes en ese tiempo, no querían hacer caso. Un compañero mayor y yo queríamos hacer un reglamento para que funcionara el taller como una pequeña fábrica, pero los muchachos y las muchachas no lo querían y no nos hacían

caso. Llegaban a la hora que querían y no aceptaban que una les llamara la atención, porque todos éramos iguales.

Los líderes querían que yo sola organizara y yo no podía, así que me cansé y mejor renuncié. El proyecto era muy bueno, pero no lo supimos hacer.

El taller poco después fue cerrado y las máquinas se perdieron. Meses después, casualmente, fueron apareciendo en otras casas, donde hasta la fecha se les da el uso que debía habérseles dado en el taller.

La maquiladora de ropa, que era otro proyecto colectivo, se instaló frente a la escuela; se pusieron como 25 o treinta máquinas y también se trató de hacer una fábrica o taller de producción, pero tampoco funcionó.

Al principio se estuvieron haciendo cosas por pedidos, como uniformes de las escuelas y también de trabajo; sin embargo tampoco se continuó. Algo parecido a lo que nos pasó con el otro taller sucedió y luego las máquinas corrieron la misma suerte: fueron a dar a las casas de algunas compañeras, donde ellas solitas las trabajan hasta la fecha.

Hubo también una Cooperativa del Frijol y también fracasó.

También hubo una Cooperativa de la Tortilla, donde había varias máquinas, pero sucedió lo mismo.

Creo que en todos los casos el fracaso se debió a las malas administraciones, porque la idea de las fábricas y la cooperativas era muy buena, sólo que no se preparó a la gente bien.

El último intento es el de hace tres o cuatro años. Trajeron una enorme máquina tortilladora, la pusieron en el local de la zapatería, pero nunca la echaron a andar, no sé por qué, pero sería muy bueno usarla, le podría dar trabajo

a diez o quince gentes por lo menos, ahora que hay tanto desocupado.

No sé, eso pienso, porque es una lástima que se esté echando a perder la máquina esa.

Yo vivo contenta.

Mi marido se murió hace muchos años, lo eché de menos al principio, pero como tengo a mis hijas conmigo y a tantos nietos juntos, por eso no me siento sola. Cómo me voy a sentir sola si viven aquí mi hija Gloria y sus tres niñas porque el hombre le salió irresponsable. Mi hija Carmela, que tiene dos niñas también. Luego mi hijo, el casado con mi nuera, y una niña y un pequeño que va a nacer. Y también vive mi hijo el más chico que todavía no se me casa. Total, somos cuatro mujeres mayores, seis niñas de quince para abajo y dos hombres, y todos vivimos aquí porque no haya dónde se vayan, ¡el asunto de la vivienda está muy duro!, así que a la casa le hacemos, cada rato, nuevas divisiones y más cuartitos y aquí seguimos.

También estoy contenta porque veo que mis nietas van a tener mejor vida que nosotras, porque ellas sí pueden estudiar algo más que mis hijos: una está en enfermería y la otra en secretariado, ¡ésas son las verdaderas ganancias, después de tantas luchas!

Sigo trabajando por mi organización, que ahora ya es partido, porque queremos participar en las elecciones y ganar puestos, para que la voz del pueblo esté en el gobierno, en el municipio y en el estado.

La lucha ha sido muy dura, hubo años muy difíciles, que nos dolieron más que los otros. Yo personalmente creo que fueron los de los muertos y los de las divisiones, cuando nos peleamos unos con otros. Ahora, ya de lejos, veo que todo

eso debía suceder, porque donde había tantas cabezas, tantas gentes que participábamos en la lucha y las discusiones, era imposible que todos pensáramos igual. Tardó tiempo para que entendiéramos que esas son las contradicciones que se dan en el pueblo y que no somos enemigos los unos de los otros.

La lucha no ha acabado. ¡Y le seguimos echando ganas al trabajo!

# GLORIA

Soy de Fresnillo, Zacatecas, sin embargo ahí no viví: a los ocho meses de nacida me llevaron a Durango porque en el rancho en que vivíamos no había ni qué comer, según me contaron cuando ya mayorcita pregunté.

Del rancho primero se fue mi hermano a los diecisiete años a Durango, y luego mandó por la familia. Después nos vinimos a Monterrey, ya que para entonces él se había ido a Estados Unidos y nos mandó traer acá, más cerca de la frontera.

Al llegar aquí papá se incorporó a la construcción. Somos ocho hermanos. Vivíamos en el Topo Chico, rentando.

Sólo estudié hasta el tercer año porque en eso mis hermanos ya se habían casado y mi mamá tenía la idea de que la mujer no debía estudiar, según decía.

A los quince años me casé y comencé a tener hijos: al año nació la primera niña, luego a los dos años otra niña, y así seguí hasta completar cinco mujeres y dos hombres.

Al poco de casada me tuve que poner a trabajar, porque mi esposo resultó ser muy irresponsable. Se iba muy temprano a la casa de su mamá, pero no a trabajar, sino que se quedaba ahí todo el día. Su mamá lo solapaba, y claro que no me llevaba dinero, así duré trece años.

Yo me iba a la colonia Anáhuac y a otras colonias ricas a trabajar. En una casa duré siete años y en otra otros tantos más o menos. Yo siempre encontraba trabajo y él no.

Cuando terminé mi quinto embarazo empecé a estudiar en el lNEA y así terminé mi primaria. Yo siempre leía y escribía mucho, me gustaba, así que no batallé al entrar al INEA.

Conseguí un terreno en la colonia Lázaro Cárdenas, a través de un líder. Fue un traspaso y ahí construí un cuarto grande. Pagaba 20 pesos de renta. Al vivir ahí le presté a una hermana parte de mi lote para que se hiciera un cuartito, pero como era muy peleonera, mejor nos dejamos de hablar.

Cuando se invadió Tierra y Libertad, ese día venía yo a traerle el lonche a mi marido a la pedrera, tocó que era uno de los pocos y raros días en que trabajaba: al pasar vi carpas y cosas raras y me arrimé y pregunté qué sucedía, me informaron que la noche anterior lo habían invadido.

Pregunté si había chance. Me dijeron que sí, que porque lo íbamos a ganar. Me fui a la casa y le platiqué a mi hermana, a ella también le gustó la idea; preparamos cobijas, almohadas, tablas, y en una carretilla echamos todo y nos vinimos.

Yo en ese tiempo tenía veintidós o veintitrés años. Me vine con mis hijos mayores que tenían una cinco y el otro dos años. El más chiquito lo dejé encargado con mamá. Mi hermana se vino sola, no tenía marido, pero sí cuatro hijos. Un hermano vino al día siguiente y nos armó las carpas, a los ocho días él también se incorporó.

Mi marido se apareció una semana después. Vino a buscarme, me quería llevar. Para eso me gritó que si me mandaba sola, y como no quise irme me dijo que me iba a abandonar y así fue. Regresó al año o al año dos meses, cuando yo ya había hecho un cuarto.

En mi trabajo no tenía problemas porque era de entrada por salida. Ya tenía años con la patrona, además no le dije nada para no tener problemas.

En ese tiempo había mucha represión. Nunca se había dado una invasión tan grande, porque aunque primero éramos pocos, esto día con día fue creciendo, hasta llegar a ser más de mil familias. Las patrullas andaban por todos lados, pase y pase, para asustar a la gente.

Pero así como vino mucha gente, otra se fue, porque como había reunión todos los días y teníamos que asistir a las comisiones, a muchos no les gustó.

En las reuniones se decía que íbamos a sostenernos, que teníamos que estar unidos, algunos tenían miedo y mejor se iban, así le pasó a un hermano mío que tenía miedo por los niños y mejor se fue.

También se hablaba de hacer todo unidos, se nombraban jefes y jefas de manzana, la mayoría siempre éramos mujeres, coordinadores de sectores, las tareas eran: tener guardias, les llamábamos rondines, eran de noche y a la que le tocaba, esa noche no dormía. Esto era nuevo para todas nosotras y para los maridos más, por eso hubo muchos problemas de parejas, y es que nadie tenía experiencia en trabajo colectivo. Y hubo mujeres y hombres que se chiflaron, hubo problemas y mejor se tomó el acuerdo de que las mujeres no hiciéramos rondines en la noche. Por lo regular mandaban a una persona de cada manzana, pero todos debían andar juntos por seguridad.

Luego se hicieron los Domingos Rojos, también era algo nuevo para todos, la gente del campo los llamaba "faina", a la mayoría de la gente le gustaba colaborar.

Sin embargo había algunos que no les gustaba participar, por eso entonces en la asamblea se acordó hacer una Comisión de Honor y Justicia, era mixta. Esta comisión también se dedicó a tratar de convencer a la gente para resolver los pleitos entre vecinos, siempre buscando que todos fuéramos compañeros. Se hablaba mucho de eso, aunque no siempre se podía.

Para mí Tierra y Libertad y la organización fue lo mejor que me pudo pasar: hubo cambios en mi vida, de pensamientos y de hechos. Aquí aprendí muchas cosas, entre otras a tener una responsabilidad importante en la vida.

He pasado por todos los cargos: jefa de manzana, coordinadora de sector, en el comité de la escuela, en la salud, en la Liga Femenil, en el Frente Popular y en la Comisión Política, siempre nombrada en asambleas.

Cuando se comenzó a hablar de formar un partido no me gustaba la idea, porque en la teoría y práctica que vivimos, la experiencia era que los partidos se corrompían, como por ejemplo el PRI y el PAN, y dejaban de defender a la gente para sólo defender su interés de grupo o personal.

Hubo grandes reuniones para convencer a la gente para formar el Partido del Trabajo. Al principio había muchas dudas, yo era de las que tenía más, pero poco a poco la gente se ha convencido de que es necesario para tener más presencia y respeto ante el gobierno.

A mí algo que me impactó mucho en aquellos años fue la agresión que sufrimos el 18 de febrero de 1975, en que asesinaron a seis de nuestros compañeros. El sabor amargo de la impotencia y frustración fue muy grande.

Cuando ellos cayeron, la policía no nos dejó acercarnos.

Nos habían rodeado por todos lados sin que nos diéramos cuenta. Nosotros estábamos tranquilos acá en nuestras casas, mientras los compañeros, que tenían una asamblea, sufrieron la agresión. Más al querer ir en su ayuda no nos dejaron pasar y con malas palabras nos decían que nos regresáramos a nuestras casas. Yo sentía mucho coraje, no tenía miedo, sólo quería ayudar, pero no pude pasar a socorrerlos. Ahí estaba Paura, con un montón de policías. Era de noche y nosotros no podíamos ver cuántos eran. Traía algo así como un sable, o una daga, que brillaba cada que le daba la luz de la patrulla, luz que giraba sin cesar, todo eso enmedio de la gran oscuridad nos imposibilitaba ver y fue así como impidieron que nos acercáramos.

Después de eso nuestra consigna fue: "¡Que caiga Paura, el asesino!", y luchamos hasta que lo logramos. Para eso hicimos muchas marchas. La primera vez reunimos quince mil personas, y la segunda 35 mil, según dijo la prensa. Cuando íbamos por la avenida Juárez, donde la calle está en subida, miré para atrás y al ver cuánta gente se reunía con nosotros y nos apoyaba, mi coraje se transformó en energía.

Otra gran experiencia que viví, y ésta es más reciente, fue cuando como activista me incorporé a la invasión de Unidad del Pueblo. Esa colonia la hicimos en quince días y luego decidí quedarme allí como dirigente para consolidar el trabajo. Esa experiencia fue grande para mí, porque por primera vez estaba yo sola al frente de una colonia y tenía que dirigirla de todo a todo, y a veces, incluso, tomar decisiones. Esto creo que terminó de formarme como cuadro. Nueve años duré ahí. Al salirme, la casita se la dejé a otra familia.

Lo más reciente que hice fue una lista de solicitantes de tierra y vivienda y buscamos el lugar. Escogimos un terreno

que decían que no era "factible", pero demostramos que sí lo era y lo conseguimos. Actualmente viven ochenta familias en esa colonia y se llama José Martí, tenemos Liga Femenil y se llama Las Adelitas.

Otra experiencia agradable que guardo es que desde el principio decidimos hacer la escuela Emiliano Zapata, cada quien puso algo de material: que un bloc, que tantita arena o cemento, pero todos pusimos y además trabajamos. Al principio los maestros trabajaban afuera; actualmente tienen veinte salones, aparte de dirección y baños.

Los maestros los conseguimos en la Secretaría de Educación Pública después de años de gestiones y en la medida que les demostrábamos que se necesitaban más. También, después de muchos años de solicitarlo, nos mandaron una conserje para la mañana y otra para la tarde, aunque para esto batallamos más tiempo, porque al principio no querían; luego, como una de ellas estaba enferma y no se presentaba a trabajar, se discutió el asunto en asamblea y a mí me eligieron para ocupar ese puesto. Desde entonces trabajo en eso y tengo una mejor situación económica.

Un día al ir al rancho de vacaciones, platiqué, porque soy muy platicadora, lo que hacía en la colonia y de la lucha de mi partido. Les gustó y me pidieron que fuera gente de acá y ahora ya existe un comité del partido en ese lugar.

Mis hijos todos pudieron estudiar, y eso se los pude dar gracias a que pertenezco a la organización. Los mayores hicieron secundaria y ya están casados. Los otros dos están en la preparatoria. Una, además de estudiar, trabaja en un CENDI; otra estudia enfermería; la sexta está en secundaria y la más chica está en quinto de primaria. Por eso pienso que

después de estar tantos años luchando en Tierra y Libertad, todos hemos salido beneficiados.

El primer compañero que tuve nunca fue un buen marido; ni como padre, ya que era tomador y golpeador; a los niños también los golpeaba, así que mejor dejé que se fuera con su madre.

Aquí en la colonia, participando en las asambleas y manifestaciones, conocí otro compañero. Era soltero, nos enamoramos, me embaracé y tuve la primera niña de él. Quería que nos juntáramos y yo no, pero al tener la segunda ya acepté. Luego empezaron los problemas porque él quería que yo no le hablara a nadie y que no participara en las reuniones ni actividades. Yo ya era juez de barrio y por tanto eso era imposible, así que después de vivir nueve años juntos, mejor nos separamos. Él sí ve y sostiene a nuestras hijas.

Eso sí me dolió, pero quiero más a la organización que a un hombre.

# ANA MARÍA

Nací en Río Grande, Zacatecas, en 1935. Me vine a Monterrey cuando tenía veintidós años. Me vine a trabajar, a buscar la vida y lo conseguí en casas, para eso me ayudaron mis parientes.

Al año de estar aquí me casé.

Vivía en la colonia Pedro Lozano, con unas amigas de mi tierra. Ellas iban a bailes, que eran bodas y bautizos, y ahí conocí a mi marido.

Él era plomero y electricista. Tuve seis hijos. Rentábamos un tejabán en la colonia Progreso. A través de amistades supimos que iba a haber una invasión y nos incorporamos.

Cuando llegamos, Francisco Ríos, ese líder que ahora está en el PRD lo había invadido primero, pero como quiera nos instalamos. Luego llegaron las máquinas, esas grandotas de fierro y nos quitaron. La verdad es que al verlas nos dio un poco de miedo, así que nos retiramos, pero nada más se fueron las máquinas volvimos a metemos al predio.

Yo venía con una hermana de día y participábamos en todo: reuniones, comisiones y manifestaciones, en todo; pero de noche mi cuñado era el que se venía, nos cuidaba los terrenos y hacía el rondín.

Como al mes, vimos que la policía ya no se metía, y como habíamos hecho unos tecuruchitos, decidimos venirnos a vivir. Yo traje a mis cinco hijos, la más grande de catorce años y la más chica de año y medio.

Desde el principio me incorporé a la organización. Era muy bonito hacer todas las actividades buenas, para el futuro de nuestros hijos. Hacíamos bailes, loterías y rifas. El dinero era para ir en comisión. También hacíamos lonches y refrescos para los niños, porque esas comisiones a veces eran de todo el día y nos los llevábamos.

Al poquito se empezó a hacer la colonia. Había compas que le inteligían a lo de los planos, y fueron los encargados de "repartir". No nos podíamos ampliar mucho, como algunos proponían, porque corríamos el riesgo de que nos sacaran. Las que habíamos llegado primero y éramos activas y andábamos en las comisiones teníamos que cuidar nuestras casitas para que no nos mandaran más lejos o a otro lado, porque hubo casos que al regresar de una tarea ya nos habían cambiado de lugar nuestro terreno. Esto lo tuvimos muchas veces en las asambleas, y entonces las mujeres, que éramos las más activas, nos organizamos por manzanas para eso, para que no nos movieran mucho, y así unas iban a las comisiones y otras se quedaban a cuidar que no nos cambiaran de lugar.

En las tardes teníamos las juntas y allí todo se discutía. Entre los asuntos más discutidos fue lo de la planificación, fue de lo más alegado porque al principio la gente se ponía donde quería. Aquí vinimos todos a aprender lo que es disciplina y organización; costó mucho, porque había gente que quería hacer de las suyas.

Teníamos una bandera en un ladito y ahí, los que llegaban, tenían que ''hacer bandera", eso quería decir que se tenían que quedar durante quince días por lo menos y hacer un tecurucho dónde dormir y participar en todas las

comisiones y asambleas. Era como una prueba para que te dieran el terreno.

Eso fue acuerdo de asamblea, después de que nos dimos cuenta que había gente que lo único que quería era agandallarse un terreno, y no hacer nada por la colonia ya que, algunos, sí tenían casa propia dónde vivir. Así que la tarea fue discutir cómo hacerle para que eso no sucediera, y acordamos esa prueba, y el que no se quedaba a vivir desde que llegaba y participaba en todas las actividades no era aceptado, ya que quería decir que no era tanta su necesidad. Otro acuerdo importante fue que era la asamblea la que decidía si los aceptábamos o no. Era un control necesario, porque las invasiones eran para resolver lo de la vivienda a los que estábamos de arrimados y de plano no teníamos para pagar las rentas elevadas que nos cobraban los renteros, y no para los que sí tenían casa.

Hicimos la Liga Femenil, le pusimos Tania, la guerrillera, ya que nos contaron la historia de esa mujer que peleó por la tierra para los pobres.

Durante los primeros días una de las cosas que hicimos fue ir al río San Martín y traer mucha jarilla. Con ella hicimos un techo largo y grande, ya que aquí no había ni una sola sombra ni nada construido y necesitábamos ese lugar para las juntas, loterías y demás. Esa fue nuestra primera actividad colectiva, ya que lo hicimos entre todos.

Al principio íbamos a las colonias de alrededor a pedir agua, porque no había aquí. A veces nos la daban y otras no. Cuando la conseguíamos, teníamos que caminar más de un kilómetro con los botes y cubetas llenos, era muy pesado. Entonces formamos una comisión y fuimos con Agua y

Drenaje a pedir una llave, aunque fuera una sola toma, pero nos dijeron que a Tierra y Libertad no le daban nada.

Discutimos el asunto en asamblea y decidimos tomarla del tubo general de la ciudad, que alguien informó que pasaba por el cerro. Para eso se tuvo que escarbar por muchísimos lugares, hasta que dimos con el tubo. Ese fue el segundo trabajo colectivo que hicimos y nos costó muchas semanas de trabajo muy duro.

Luego metimos la luz: primero sólo en el gran techo para levantar actas de las asambleas y tener bocinas por donde nos llamábamos y también para oír en las asambleas. Luego trajimos postes de algunos lugares y después, mucho después, compramos unos transformadores para podemos colgar de los postes, porque se vivía tronando la luz. La luz era federal.

Yo tuve todos los cargos: jefa de manzana, jefa de jefas de manzana, coordinadora. También fui de Honor y Justicia. Esta comisión se creó porque había al principio muchos pleitos: todos querían mandar y algunos no querían respetar los acuerdos de asamblea, muchos problemas eran por los límites de los terrenos y hasta por los vecinos que te tocaban. Para que esta comisión funcionara, discutimos mucho, incluso inventamos los castigos que debían darse cuando alguien era muy pleitera, ya que había que intervenir. También se acordó que si alguna le quitaba el marido a otra, la pelábamos, decíamos: "A ver si le da vergüenza". También castigábamos a los borrachos o golpeadores. Teníamos nuestra propia justicia y por eso hicimos las carcelitas, donde encerrábamos a los hombres en una y a las mujeres en otra, todo por acuerdo de mayoría en las asambleas.

Organizamos una bloquera, ya que se ocupaban muchos blocs para la construcción. También tuvimos una matanza de marranos y hacíamos chicharrones y carnitas, que vendíamos más baratas entre nosotros mismos. Teníamos un expendio de frijol: lo comprábamos por mayoreo y se los vendíamos a las compañeras más barato, en eso consistía la labor. También tuvimos tortillería. A todas ésas les llamamos unidades de producción. Esto se dejó de hacer porque creó problemas, ya que hubo malos manejos. Todas fueron experiencias bien bonitas, aunque no pudimos seguir.

Un asunto que discutíamos, principalmente las mujeres, era que no queríamos que los hombres se emborracharan, así que en asamblea decidimos que en Tierra y Libertad nadie podía abrir una cantina, ni depósito de cerveza y que las que estaban cerca no las queríamos.

Hicimos una gran comisión y fuimos a la Secretaría de Salubridad a pedir apoyo, y por primera vez nos hicieron caso: vinieron y las cerraron. Cuando los dueños volvieron a abrirlas, entonces las mujeres de la Liga Femenil acordamos en nuestra asamblea formarnos en grupos grandes para ir, bien temprano en la mañana, a meternos en sus salones y sacarles todo a la calle: mesas, sillas, hieleras, y ahí mismo les rompimos todas las botellas de vino y cerveza que había; así que ya mejor no abrieron.

Todas éramos "comisiones", cuando en algunos lugares, que siempre eran oficinas de gobierno, no nos querían recibir y atender, entonces nos quedábamos y hacíamos plantones, sentadas en el piso, hasta que nos recibieran. En varias ocasiones algunos funcionarios nos decían, de malos modos, que fueran los hombre "para darles en..."; nosotras, con toda calma, decíamos que ellos estaban trabajando, que para eso

estábamos ahí nosotras. Al principio nos querían ignorar y nos costó mucho trabajo, muchos días enteros, incluso en ocasiones semanas, de plantones, hasta que logramos que nos hicieran caso, que nos trataran como gente, pero fue poco a poco, y fue muy duro, nosotras y los niños todo el día encerrados en oficinas o corredores del gobierno, con hambre, calor y sed, pero no nos movíamos hasta que nos resolvían el asunto. Parecía que les molestaba tener que escuchar y atender a las mujeres del pueblo. Pero entonces para qué son funcionarios, les decíamos, ¿qué no es para atender a la gente?

Así peleamos por escuelas, clínicas, maestros, doctores y enfermeras; nada nos dieron de a gratis, todo fue producto de muchísimas comisiones, horas y horas de estar plantadas, con todo y nuestros niños, como digo, esperando a que nos atendieran. Todo lo conseguimos con comisiones, marchas y mítines. Años de luchar...

Yo, para hacer mi cuartito, vendí todo lo que tenía de valor: una máquina Singer, una estufa de gas, pues aquí guisábamos con leña; también vendí una televisión y un tocadiscos. Me dolió mucho porque todo lo habíamos comprado en abonos, con grandes sacrificios, pero sólo así es como pude hacer mi cuartito de material.

Mi marido siempre jaló bien parejo, pero por desgracia a los cinco años de estar aquí sufrió un accidente, lo atropelló un carro, y una semana después murió. Así que en 1978 me quedé viuda y con siete hijos, la grande ya se había casado, de quince años la ingrata, todos los demás estaban conmigo, el más chico me quedó de cuatro años.

Todos mis hijos estudiaron en la escuela que construimos nosotros mismos, la Emiliano Zapata. Eso se lo debo a Tierra

y Libertad, de otro modo mis hijos no hubieran podido estudiar. También hicieron secundaria, y actualmente sólo me queda un hijo soltero, el más chico, y tiene veintiún años.

A mí me ayudó, para ser activista, que cuando nos vinimos mi niña grande tenía catorce años y ella me cuidaba a los demás, así que yo me movía para todos lados. Mi hombre no se oponía, antes al contrario, en los Domingos Rojos él participaba.

Eran muy bonitos esos domingos; los hombres construyendo, primero la escuela, luego metiendo el drenaje, el agua o haciendo las calles; y nosotras, las mujeres, unas ayudando en eso mismo, porque les gustaba, y otras haciendo la comida para todos: desde matar marranos y preparar la morcilla, hasta lavar las tripas para los chicharrones, echar las tortillas y hacer las aguas frescas, ¡todos juntos!

Me encantaba andar en comisiones, los compañeros siempre nos decían: ''Vean, participen, aprendan para que ustedes solas puedan defenderse", ¡y les tomamos la palabra!

Desde que entré a Tierra y Libertad me desarrollé mucho.

Yo ya era hablantina, pero aquí me hice mucho más, y hasta la fecha yo ando para todos lados, siempre que pueda. Pero el mayor gusto que me da es que a mis hijos les gusta, participan y siguen luchando.

Me siento con mucho orgullo, porque yo siempre fui muy pobre y nunca tuve nada, y lo que más orgullo me da es que les enseñé el camino a mis hijos y todos lo siguen.

Mis 27 nietos, la mayoría son pequeños aún, pero uno ya salió de la preparatoria y está en la facultad de Medicina, otros están en un CONALEP y los demás están en la

secundaria o primaria y sé que van a llegar hasta donde quieran, porque para eso luchamos nosotras.

Desde que enviudé decidí dedicarme a la lucha y a mi familia, pero más a la lucha, y ahí sigo.

# ELVIRA

Nací en El Tres Bal, del municipio de Monclova, en Coahuila, el 13 de abril de 1941. En ese lugar vivimos hasta que cumplí los nueve años. Asistí hasta tercer grado de la primaria. Mi papá era jornalero. Los libros en aquel tiempo se vendían y no había para comprarlos, así que dejé de ir a la escuela por eso.

Luego nos fuimos a vivir a Ciudad Frontera, que está a trece kilómetros de Monclova. Ahí mi papá trabajó de machetero. Éramos tres hermanas y yo era la de enmedio. La más chica sí terminó la primaria y eso gracias a que las mayores ya nos habíamos casado.

Me casé por primera vez a la edad de 16 años. Él era soldador de una empresa llamada La Sierrita. Viví con él sólo siete meses y no tuve hijos; me separé porque no nos adaptamos, la suegra se metía en todo y como yo nunca me he dejado, pues no pudimos seguir juntos.

Al separarme me fui con mi padre, que era de ideas conservadoras y por eso no me dejaba salir a ningún lugar, decía: "Tú eres casada".

Al poco tiempo me enteré de que mi marido comenzó a salir con otra señora. Entonces, sin saber nada de leyes, ni de mis derechos o no, me fui a la Presidencia Municipal y le conté al ministerio de mi situación, y sobre todo de que mientras viví con él la suegra siempre me había insultado y ofendido y que por eso nos habíamos separado. El señor se indignó y quiso ayudarme, así que levantó un acta de

"denuncia de maltrato" y yo la firmé. Creí que ahí iba a quedar el asunto, pero no; a mi marido le comenzaron a rebajar el treinta por ciento de su salario y me llamaron para que fuera a recogerlo. Yo, que era muy joven, estaba sorprendida, pero me agradó el asunto. Así quedó la cosa y cada quien siguió su vida, sólo que yo con muchas restricciones, porque mi papá cada que podía me recordaba que era casada.

Como tres años después hubo una boda y le pedí a mi papá: "Déjeme ir". Como no quería le prometí: "No voy a bailar", así sí me dejó. Resulta que ahí me encontré a mi esposo con la otra. Rápido fui y llamé a la patrulla; vinieron y se lo llevaron.

Al día siguiente le dije al ministerio público lo que yo quería: "Que él pague el divorcio", y así fue como me pude divorciar. Me quitaron mi pensión, pero no me importó, porque lo que yo más quería era mi libertad, años tenía yo de estarla deseando. ¡Mi libertad!

Inmediatamente me puse a trabajar en el servicio doméstico y un año después me casé por segunda vez y tuve a mi primer hijo, Juan Francisco; le decíamos Chacho. Tampoco pude convivir mucho con mi nuevo marido, porque era muy tomador, golpeador y desobligado. Siempre andaba consiguiendo trabajo, y según él no lo encontraba, y lo peor era que tampoco quería que yo trabajara, me quería siempre en la casa. Sin embargo, desesperada, me puse a trabajar una buena temporada; lo hacía a escondidas de él, mientras se iba dizque a buscar trabajo. Cuando se dio cuenta, nos separamos.

Luego me junté en unión libre con Magdaleno, que era vendedor ambulante, aboneros les decían. Fueron más de

cuatro años los que viví con él. Temporadas las pasábamos en Allende, y otras en Ciudad Frontera. La relación no era buena porque él también tenía la debilidad de golpearme, además era neurótico, todo le parecía mal, se enojaba con gran facilidad y entonces me golpeaba. Los años que viví con él seguí trabajando y tuve dos hijos más: Magdaleno y José Luis. Eran "naturales", así los registraban entonces. Un día llegó mi suegra de visita y me pidió que le prestara a los niños para llevárselos al rancho a que los conociera el abuelo, Leno tenía dos años y José Luis apenas iba a cumplir uno. Yo accedí porque pensé que aprovecharía esa semana para quitarle el pecho al chiquito, así que se los llevó. A la mitad de la semana, un día en la tarde, llegó Magdaleno bien enojado, quién sabe qué le había pasado y la arremetió contra mí, como yo no me dejaba y le contesté varios golpes se puso furioso, agarró un machete y me lanzó un golpe, yo por buena suerte lo libré, me salí corriendo y me fui a refugiar a la casa de una amiga en la zona de tolerancia que estaba a dos cuadras. Ahí me protegieron y llamaron a la judicial; cuando ésta llegó, lo entregaron. Como días después volvió a irme a buscar con una pistola, lo volvieron a detener y lo "desterraron", o sea que le prohibían pararse por ahí. A causa de todo esto salvé mi vida, pero perdí a mis hijos, porque mi suegra se quedó con ellos y ya no me los regresó nunca.

Me quedé un buen tiempo en Allende, donde trabajaba de mesera. Esa temporada fue muy dura para mí, sufría mucho y lloraba desde que me quitaron a mis hijos y por lo mal que me habían tratado los hombres que yo había querido y en los que había confiado. Claro que en ese tiempo yo no entendía qué me pasaba, sólo estaba muy dolida y

confundida, creo que también me sentía culpable. Algunos días, después de trabajar, me iba y me metía en cualquier fonda de las que estaban cerca de la casa y me tomaba unas cervezas, y entonces me salía todo mi dolor y me ponía a llorar y a veces a gritar y cuando me querían callar me ponía brava, y como soy grandota, pues ahí se armaba el lío y en más de una vez fui a dar a la delegación de policía, sin embargo siempre me soltaban.

Por eso digo que esos tiempos fueron muy pesados para mí, me duraron como tres años y fue cuando me nacieron otros dos niños: Rosa Irma y José Humberto, que son mis hijos de la vida. En ese tiempo yo ni siquiera sabía que existían los anticonceptivos, así que no los usaba.

Para colmo un día me fueron a avisar que mi madre estaba muy enferma. Mi papá ya tenía tiempo que se había ido a Estados Unidos y ella vivía sola. De estar bien, de pronto le apareció un cáncer y cuando yo llegué ya estaba muy mala. Ahora, ya viendo las cosas de lejos, el gusto que tengo es que yo la atendí ese último año de su vida: me cambié cerca, para que mis niños no la molestaran y siempre estuve con ella.

Cuando se me murió mi madre y me quedé sola y con tres hijos, me sentía totalmente desamparada. En eso una buena amiga, la señora Socorro, me consiguió el trabajo de cajera en un restaurante de más categoría. Para mí fue como un alivio, porque ya me dejé de sentir denigrante. Siempre me acordaba que mi madre antes de morir me había pedido: "Ya cásate y júntate con una persona que vea por ti y por tus hijos", a ella le preocupaba mi futuro.

Al poco tiempo conocí a Cecilio, mi actual esposo, era el año de 1971. Él era de Monterrey, se dedicaba a pulir pisos.

La fábrica que los hacía lo mandaba a jalar allá, por eso iba a comer todos los días al restaurante donde yo trabajaba y así nos conocimos. Desde un principio me propuso que nos casáramos pero, como yo ya estaba curada de espanto, no le decía ni que sí ni que no. Bromeábamos sobre el asunto, y como insistió mucho acepté juntarme con él, pero le dije que era de prueba. Se fue a vivir a mi casa y yo dejé de trabajar, él se hizo cargo de mis hijos.

Estando tan cerca de Monclova, Cecilio quería entrar a trabajar en Altos Hornos y para eso se salió de la mosaiquera. Le hizo mucho la lucha, pero no pudo porque ahí entraban sólo los parientes de los que ya estaban adentro. Así nos la pasamos, batallando porque estaba muy escaso el trabajo y él no quería que yo jalara.

Él era muy trabajador, primero se iba a la construcción de siete de la mañana a cinco de la tarde, y luego al restaurante donde yo trabajaba. Ahí jalaba de cinco de la tarde a doce de la noche; así estuvimos, a "una y un pedazo", como un año.

Un día me dijo: ''Mira, me voy a Monterrey, allá hay mucho más trabajo, voy a conseguir algo mejor ...", y se vino en mayo. Yo me quedé para que Chacho, el mayor, terminara el tercer grado de la escuela.

En ese mismo tiempo Cecilio estaba pasando por una serie de dificultades, porque un año antes de conocerme se había casado con una señora con la cual duró sólo tres meses, ya que ella lo abandonó para dedicarse a la prostitución. Como de esa unión nació una niña, él estaba peleándole la patria potestad de la criatura, y resultó que se la ganó precisamente en ese tiempo en que decidió venirse a Monterrey. Así, en el año de 1972 y sin parir, yo adquirí a

esa niñita que tenía apenas un año de edad y que pasó a ser parte de la familia; por cierto ya bastante numerosa.

Al venirnos a Monterrey rentamos un cuartito en la colonia Cuatro de Diciembre. Ellos decían que eran posesionarios; yo, por supuesto, no sabía qué quería decir esa palabra.

Un día estando en la casa escuché voces a lo lejos, decían algo sobre unos terrenos, incluso me salí para poder oír bien. Era el 28 de marzo de 1973 y decían que iban a dar unos terrenos. Entré a la casa y le dije a Cecilio lo que había escuchado, pero él no quería saber nada de eso porque decía que el día que tuviera algo, lo quería legal. Le insistí, pero él no quiso hacer caso.

Como yo era muy contradictoria y él trabajaba de cantinero, de las doce del medio día a la una de la madrugada, me esperé a que se fuera a su trabajo y yo me vine a ver de qué se trataba.

Mi hijo Chacho ya tenía diez años, así que a él le encargué la casa y sólo me traje al más chiquito, Cecilio, de cuarenta días de nacido, y que era el primer hijo de los dos. Llegué, y al ver que estaban dando terrenos solicité uno y fue Feliciano el que me atendió y me asignó un lugar. Estuve toda la tarde ahí, en mi pedazo, en la noche me regresé a la casa. Al día siguiente que llegué a mi lugar, me habían quitado mi carpita, entonces me explicaron por qué debía uno cuidar el terreno, hacer guardias y luchar por él.

Así que decidí quedarme en el nuevo terreno, pero para eso hice una nueva y mejor carpita. De la casa me traje, en muchas vueltas, unos veinte o treinta blocs, de una barda que íbamos apenas a hacer. Los cargué en una carretilla que conseguí prestada y, durante dos días, yo sola hice los viajes.

Ahí me empecé a sangrar, pero me hice la fuerte, no le podía decir nada a Cecilio, porque él no quería eso. También me traje unas puertas de madera y con eso construí mi primer cuartito. Me junté con otras señoras y fuimos muchas veces a la planta de basura, que estaba cerca, a traer plásticos y pedazos de madera para que aguantaran los ventarrones y terregales con lluvia, que se venían muy seguido.

Como un mes estuve yendo y viniendo a la casa todos los días: les iba a hacer la comida, lavar la ropa y ver cómo estaban. Cuando el cuartito ya estuvo, se vino mi marido y es cuando me empezaron las calenturas y fui a dar al hospital. Ese fue mi primer aborto y me vi muy grave, porque además estaba muy mal nutrida. Dentro de la lucha se perdieron muchos hijos, yo después de eso tuve cinco embarazos más y sólo se me lograron dos hijos, eso es algo que casi todas sufrimos, perder hijos.

Mi marido desde que llegó comenzó a ayudar en las cosas de la colonia, se volvió muy activo y a causa de la lucha perdió su trabajo de la cantina. En muchos lugares los despedían si sabían que eran de Tierra y Libertad, y eso le pasó a él. Eso es algo que también les tocó sufrir a muchos, el despido.

Cuando llegamos aquí traíamos cinco hijos: Chacho, el mayor; los dos que son mis hijos de la vida; la niña de él y, además, no olvidaba a mis otros dos hijos que me habían quitado y que no me dejaban ver.

Después de que nos vinimos, y yo no sé si por tanta actividad o por lo mal comida, tuve tres abortos, pero fueron cuatro niños los que perdí, porque en uno venían gemelos. Muchas compañeras sufrieron también este problema, a mí se me venían con mucha facilidad. Son cosas que dejan

huella, han pasado tantos años y yo me acuerdo con dolor de cada una de las veces. Uno fue por un coraje grande que hice por cosas de la organización. Otro, que eran gemelos, por una caída en la calle, un resbalón en el lodo, ya que al principio, cuando llovía, esto era un lodazal terrible, porque como es un cerro se venían las grandes bajadas de agua de la montaña. Y el último aborto fue cuando íbamos en comisión. Yo ya estaba bastante gorda y el chofer iba a chocar, y para no hacerlo, se dio un tremendo enfrenón. Yo me caí junto con las compañeras y me golpeé y de ahí se me vino el niño. Ya para entonces sí sabía de los anticonceptivos, pero no tomaba pastillas porque yo sí me quería embarazar, ya que de Cecilio, que resultó ser muy buen padre y compañero, sólo tenía un hijo.

Primero vivimos en la calle Dos de Octubre, pero nos tuvimos que cambiar por problemas con los vecinos, ya que como yo no me sabía dejar de nadie pues pronto me peleaba. En aquel tiempo, en la organización, cuando uno discrepaba, lo investigaban, y en la acusación que me hicieron se falseó la información y entonces, después de la discusión, se me sugirió cambio de lote. Cuando esto pasó primero pensé que no iba a estar haciendo y tumbando las casas, pero que tampoco me iba a dejar de nadie, así que acepté cambiarme.

Conseguí otro lote en la colonia Unión Cuauhtémoc, y sentí muy feo cuando mi marido me dijo: "Te irás tú, porque yo no hice nada", pero como quiera sí se fue conmigo. En la nueva colonia duré diez años como líder. Luego nos cambiamos a Fomerrey 116 y puse un tendajo que tuve durante ocho años.

Antes de venir a Tierra y Libertad yo no sabía nada de nada, aquí me desarrollé, aquí me dieron teoría y con ésa me hice líder. Mi marido también fue líder, jefe de manzana y delegado. Los primeros años fueron muy duros, muy difíciles para todos, porque fuimos amenazados y perseguidos, así que nos tuvimos que organizar. Por eso Cecilio me decía cuando andábamos los dos muy activos: "O sales tú o salgo yo, porque si nos matan, que maten sólo a uno, por los niños...", así que nos turnábamos, pero casi siempre era yo la que iba a las comisiones.

El día del asesinato de nuestros compañeros, en 1975, fue una experiencia muy dura y dolorosa, que nunca olvidaremos, pero que en aquel momento nos unió más a todos y también le dio más fuerza al movimiento.

Han pasado muchos años y cada vez más pienso que mi desarrollo como persona se lo debo a Tierra y Libertad.

Todos los hijos estudiaron hasta secundaria. Una hija mía, que siempre dijeron que era muy picuda porque no se deja de nadie, está estudiando, ahora de más grande, en la preparatoria. Tiene ya dos hijos y treinta años de edad, pero quiere superarse. El marido y ella trabajan de vendedores ambulantes y, mientras ella estudia, él cuida a los hijos, y es que ahora las mujeres pensamos diferente, desde que nos independizamos del hombre, y lo bueno es que su compañero la apoya, él también se formó aquí en Tierra y Libertad.

Tengo otra hija con dos niños; es madre soltera, así que tiene doble responsabilidad. Estudia belleza y trabaja en un restaurante. Hace un gran esfuerzo, pero como que tiene menos ambiciones; siento que le falta esa voluntad firme que se necesita para seguir adelante, espero poder ayudarla.

Mis hijos hombres pienso que siguen siendo muy machines, también pueden trabajar en la casa haciendo cosas, las saben hacer porque cuando eran chicos muchas veces ellos colaboraban, pero ahora de grandes no quieren, no les gusta.

Mi marido y yo llevamos 25 años viviendo juntos, de pareja. Cuando dejó lo de la pulida, trabajó de albañil y cantinero y luego se dedicó al comercio ambulante. En 1978 consiguió trabajo en una gasolinera y ahí duró 18 años. La acaban de cerrar, así que espera que algo le den después de haber jalado tantos años ahí.

La gente ya no cree en nada, hay apatía, pero también todos saben que sólo organizados somos fuertes y se puede hacer algo. Por eso, cuando se necesita resolver algún problema o conseguir algo para la comunidad, se organiza y sale, en comisiones o marchas.

Los últimos dos años he andado buscando justicia, porque me mataron a mi hijo el mayor...

Resulta que mis hijos y todos los jovencitos, aquellos niños de diez, doce y trece años que trajimos al invadir, crecieron en un ambiente muy duro. Ahora pienso que hubo muchos factores para que fuera tan difícil su situación. No sé si porque nosotros mismos éramos unos rebeldes contra la sociedad, pero sucedió que se hicieron pandillas muy fuertes, que estaban contra todo, pero agregándole una gran violencia a todo lo que hacían. Además muchos le entraron a la droga y, en pleitos de pandillas, incluso mataron a varios.

Los factores que intervinieron, creo, fueron: la gran cantidad de gente que se vino de todos lados y que, entre todas esas personas, se vinieron algunos que ya eran viciosos, incluso familias enteras de viciosos. Nosotras no lo sabíamos,

no los conocíamos, creíamos que todas las personas que venían era porque querían, como nosotros, luchar por un pedazo de tierra, y muchos no era ese su pensar y sentir, no, incluso algunos quizás ya traían otros fines. Nosotras y los líderes andábamos muy ocupados en las comisiones, para conseguir el agua, la luz, la construcción de la escuela y en tantas otras cosas que no nos dimos cuenta al principio.

Mi hijo mayor, Chacho, de haber sido un niño que no me dio problemas de chico, nada más pasó de los doce o trece años, se empezó a juntar con un montón de muchachos mayores y se volvió tremendo. Es cuando surgen en Tierra las pandillas; fue como a los dos o tres años de haber invadido. Estaba la del Jasso, por un lado, y otras por el otro. Los que las dirigían eran jóvenes de dieciséis o diecisiete años que ya eran drogadictos. Agarraban a los chicos, los iniciaban en la droga y los usaban para que se las trajeran. Así indujeron a Chacho, cuando apenas tenía entre trece o catorce años. Los pleitos entre las pandillas eran terribles y las mamás no creíamos que nuestros hijos hicieran todas las cosas de las que los acusaban los demás. Yo creo que eso les pasa a todas las madres, ya cuando nos damos cuenta es porque ya es muy tarde. Primero defendemos a nuestros hijos como leonas, yo por eso me tuve que salir de Tierra. Porque me peleaba a golpes con algunas otras mujeres; a veces era por diferencias, pero principalmente fue por problemas de los muchachos.

A mis hijos también me los golpeaba mucho; me enojaba y no me medía, cintareaba lo mismo a los hombres que a las mujeres. Cuando me daban una queja, yo primero lo negaba, allá en la calle no admitía que se metieran con mis cachorros, pero luego acá adentro, en la casa, les daba muy

duro y a todos parejo. Ahora me doy cuenta que fui muy mala con los niños, creía que con golpes iban a entender y que así lograría que Chacho dejara de juntarse con los pandilleros, pero no fue así.

Por eso nos cambiamos a la Cuauhtémoc y me los traje a todos. Con muchos sacrificios logramos que terminaran la primaria y la secundaria, luego queríamos que estudiaran algo técnico, y sí lo hicieron todos, menos Chacho, que se dedicaba a la vagancia.

Mi marido en ese tiempo trabajaba vendiendo elotes o nieve y José Humberto le ayudaba a su papá. Se levantaban a las cuatro de la madrugada para ir por los elotes o la fruta y yo los cocía o preparaba la nieve; luego, cuando todo ya estaba listo se iban a la colonia Anáhuac, en San Nicolás de los Garza, donde se la pasaban hasta que se les acabara. En ese mismo lugar, después de mucho andar en la vendimia, consiguieron trabajo en una gasolinera. Mi hijo de propinero, o sea, el que trabaja sólo por las propinas que le da la gente. Él tenía nueva años apenas, pero al que sí ocuparon con sueldo, aunque muy bajo, fue a Cecilio.

Estoy hablando de 1978. Ellos dos siempre andaban juntos, tenían muy bonita relación. El niño quería mucho a su papá, aunque no fuera su padre de sangre. A ese hijo, José Humberto, siempre le gustó andar muy arregladito, siempre estaba hablando de hacer cosas para ganar mejor dinero, y mientras trabajó en la gasolinera me daba todo el dinero para la casa, le gustaba sentirse importante y gracias a eso sus dos hermanas pudieron seguir en la escuela.

Chacho seguía andando mal, sin embargo se casó, y se cambió a otra colonia. Decían que era buen albañil, que era en lo que trabajaba. Lo malo fue que dependía mucho de la

droga. Todo esto sucedió en 1980. En 1981 él y un amigo asaltan a una persona y él va a dar al penal y dura once meses encerrado. Al salir comienza a viajar a Laredo para traer cosas y venderlas, que así le iba mejor en lo económico, según decía.

Cuando José Humberto cumple quince años, Chacho lo induce a la droga también. Al darme cuenta yo y reclamarle, se nos va de la casa, sin avisarnos. Como al mes o dos meses nos escribe de Estados Unidos y me dice que está bien y que está trabajando en la "marqueta", que es el mercado de allá, pero ya no supimos nada durante casi tres años. Yo sufría mucho porque sabía que era muy buen muchacho, muy emprendedor, había sido al que mimaba porque desde chiquito siempre andaba con Cecilio y era el que más nos había ayudado. Yo confiaba en él.

En 1984 mi hijo José Luis, uno de los que vivían en Monclova y que para entonces ya me había buscado, consiguió trabajo de patrullero en esa ciudad y resulta que apenas a los tres meses de estar trabajando se mata en un accidente. Ese fue otro duro golpe para mí, ya que era muy joven y buen muchacho. Lo peor fue que Magdaleno, mi otro hijo, me echaba la culpa de todo. Yo me sentía desgarrada, pero tenía que seguir trabajando en la colonia y luchando para sacar adelante a los demás.

Un día Chacho me cuenta que José Humberto está en Laredo. Voy y me lo traigo, y de ser aquel muchacho al que le gustaba andar siempre muy limpio y arreglado, regresa una persona a la que no le interesaba bañarse ni nada por el estilo. Era otra persona, estaba totalmente cambiado, ya no le interesaba trabajar y ganar dinero, ni hacía planes, ni

inventaba cosas, como antes, para tener una mejor vida. Se quedó en la casa como diez meses y luego se volvió a ir.

En 1987 regresa, pera ya andaba más mal, cada rato se peleaba con los hermanos y con todo el mundo, parece que entre los que vendían las drogas también se peleaban. En 1990 se junta con una muchacha y después de vivir con ella dos meses se va a Laredo. El asunto es que la embaraza, cuando me entero yo voy por él y le digo que le cumpla. Viene, le consigue un terreno, le finca una casita, vive, un tiempo con ella y se vuelve a ir. Lo peor es que se lleva a una muchachita, de aquí mismo de la colonia San Cosme, que también era adicta. Desde que regresó del otro lado, decía que la vida aquí no le gustaba, que allá se vivía mejor, así que mejor se fue.

Mientras todo esto pasaba, yo desde 1986 comencé a buscar ayuda psicológica. Iba a ver a una doctora y le pedía que me apoyaran, que me dijeran qué hacer para sacar a mis hijos de las drogas. Para mí era terrible ver todo el daño que se estaban haciendo ellos mismos. Sin embargo, los psicólogos, todos, me dijeron que no se podía hacer nada si mis hijos no querían participar y ese era el problema: a ellos no les interesaba, cuando yo quería hablar de eso no me escuchaban.

Desesperada yo seguía buscando ayuda, iba a diferentes hospitales y lugares donde anunciaban que ayudaban a las gentes con ese problema, creo que recorrí todos. Un día, en que me habían dicho lo mismo: "No se puede hacer nada", venía yo caminando, con la cabeza agachada, mirando el piso, me sentía que no era nada, como un trapo viejo, podrido; en eso me topo con dos compañeras, que al verme me preguntaron qué me pasaba, yo ya no aguanté más, me

solté llorando y como pude y tragándome la vergüenza, les conté mi dolor. Entonces una me dijo: "Para qué buscas un psicólogo, mejor busca a Cristo", y desde entonces comencé a buscar su ayuda y la fui encontrando poco a poco, pero sólo para mí, porque los muchachos seguían igual, aunque más lejos, todos los días yo oraba por ellos.

Para colmo de males, en abril de 1993, Chacho y José Humberto, que ya tenían tiempo de vivir en Estados Unidos, y que en apariencia se la iban llevando suave, aunque no dejaban la droga, se ven metidos en una dificultad con un narco y su guardaespaldas, a los que en un pleito los "pican". Ese mismo día los dos hermanos, antes de separarse, se hacen una promesa: "Al que pesque la policía se faja", lo que quería decir que al que pescaran primero se echaría él solo la culpa.

De todo eso me entero al día siguiente, porque Chacho se viene esa misma noche con cinco dólares, que era todo lo que traía, y José Humberto se va a buscar a Nelly y huyen a Dallas. Ahí permanecen hasta marzo de 1994, fecha en que lo encarcelan, y aunque los tipos no murieron a él no lo van a dejar libre hasta el año 200l.

Lo raro de todo eso es que Chacho, cuando se entera que detuvieron a su hermano, viene y me dice que él se va a ir a entregar, que él tiene la culpa de todo. Como que estaba arrepentido de toda su forma de vivir, ya que en realidad él fue el que empezó con las drogas y luego indujo a su hermano. Para despedirse de los amigos, antes de irse, organiza una carne asada en su casa, aquí a la vuelta, donde vivía con su mujer y dos hijas.

Era un sábado cuando, a media mañana, viene alguien y me dice que en la esquina está una señora muy rara; al

rato viene una comadre y me dice que ahí está la Nelly y que quiere hablar con Chacho, y que además me trae un sobre con dinero que me manda José Humberto. Yo no salí y sólo le dije que no quería verla: "Chacho sabrá si la recibe", agregué.

Parece que él salió con una carretilla, ella lo alcanzó y se fueron caminando a una placita que está a tres cuadras y ahí se sentaron. Varias personas que los vieron dijeron que estuvieron hablando y tomando cerveza, desde el mediodía hasta la noche en que pasó la última persona que los vio, un amigo, al que mi hijo le dijo: "Vete a la casa, yo al ratito voy, vamos a hacer una carne". Sin embargo ya no llegó, sus amigos lo estuvieron esperando. A las doce de la noche mandaron a alguien a la placita para que ya se fuera, pero no había nadie, los que fueron dijeron que lo que sí había eran muchos botes vacíos de cerveza y varias ristras, vacías, de pastillas. Todavía sus amigos lo esperaron hasta las tres de la madrugada, pero como no llegó, se fueron a sus casas.

Al día siguiente encontraron un cadáver, parecido al cuerpo de mi hijo, por el otro lado del Cerro del Topo, de la Nelly ni rastro.

Yo desde entonces me entregué con más amor a Cristo Jesús, y desde entonces estoy en el Evangelio. Si Dios no ha estado conmigo, yo no hubiera soportado todo lo que me ha sucedido.

Ahora me dedico a evangelizar y trato de rescatar, sobre todo a jóvenes, para que no se pierdan como los míos.

Mi marido y yo acabamos de cumplir veinticinco años de compartir la vida, los hijos han sido de los dos, los dos hemos sufrido y luchado también, y juntos hemos salido adelante.

Mi lucha ahora es diferente, sigo apoyando a la organización ya que la gente recurre a mí como lideresa que soy, pero ahora yo ya no creo que el enfrentamiento sea el camino, ahora pienso que es el diálogo, la palabra, con lo que nos debemos enfrentar.

# LOURDES

Yo me vine desde el primer día. Cuando regresó mi esposo de trabajar, yo ya estaba en la invasión.

En ese momento estaba embarazada, tenía dos meses, además ya tenía cinco hijos: la mayor, Mayra, de doce años; y luego uno de diez, otro de ocho, otro de seis, cuatro y dos; cada dos años tenía yo hijos, dos mujeres y tres hombres; luego aquí me nacieron Mirthala, Héctor y Ricardo.

Desde antes yo asistía a unas juntas que hacían el profe Beto y Richi, que en aquel tiempo estaban muy jóvenes, en la colonia San Cosme; un día ahí anunciaron que iba a haber invasión. Esa fue la primera que se hizo, muchos fuimos sólo a ver. Le pusieron de nombre a la nueva colonia Profesor Genaro Vázquez, porque era una de las primeras cosas que se debían hacer, ponerle nombre a las colonias.

Íbamos la Toñota y yo, siempre andábamos juntas, y es que teníamos algo en común: ella vivía con una hermana y yo con mi concuña, así que las dos éramos arrimadas. Sin embargo, al estar ahí viendo, no quisimos quedarnos, les dijimos que mejor nos esperábamos a la de acá, la del Topo Chico.

El día de la invasión me vine con mis niños, hicimos una carpita con mantas, cobijas y sábanas; de noche a los niños los llevaba con mi cuñada y de día me los traía y mi hija Mayra, de doce años, era la que me los cuidaba, yo andaba de vaga, en todas las comisiones.

Mi esposo, al principio, no quería porque a él no le gustaba eso; ya cuando vio que yo ya estaba completamente instalada aquí se tuvo que venir, y entonces en las noches participaba en las guardias con los demás compañeros.

Él trabajaba en una granja en el municipio de Guadalupe, así que se tenía que ir a las seis de la mañana y volvía hasta pasadas las seis de la tarde, por eso yo tenía todo el día para hacer lo que quería.

Nosotros vivíamos de arrimados en la colonia Rafael Buelna, esa colonia ya existía, los terrenos los habían vendido un poco antes y mi cuñado había comprado uno, en la parte de atrás de su pedazo teníamos un tejabán. A los dos meses de que me vine, mi esposo y sus hermanos lo desarmaron; era muy fácil hacer y deshacer esos cuartitos de madera, así que lo desbarataron y nos lo trajimos al lugar que nos asignaron y entonces yo ya tuve mi cuartito, fui de las primeras, porque ya lo teníamos desde antes. Como a los seis meses se planearon las calles y las manzanas, nosotros quedamos bien ubicados y no nos tuvimos que mover como otros. Esa fue buena suerte.

Nací en El Socorro, Villa de San Miguel, San Luis Potosí, en el año de 1941. Ahí la escuela era muy chistosa: entrábamos a primer grado, luego nos pasaban a segundo y luego a tercero, y al terminar el tercero nos volvían a mandar al primero, decían "a repasar", y yo eso lo hice dos veces, por eso sí sabía leer, aunque muy poco escribir, pues como nunca lo hacía, casi se me olvidó. Mi marido en cambio no fue a la escuela porque andaba en la labor, él desde muy chico le ayudaba a su papá a trabajar la tierra.

En el rancho nos conocimos y ahí nos casamos. Eso fue en 1956. Yo tenía quince años, él dieciséis, sin embargo me tardé cinco años en encargar a mi primera hija.

En el año de 1958 decidimos venirnos porque no había trabajo allá para mi esposo; aquí ya estaban algunos de sus hermanos y míos también. Todos los jóvenes en aquel tiempo se venían porque en el campo no había trabajo. Fue una época de mucha escasez.

Al llegar a la ciudad, primero rentamos una casita en la colonia Hidalgo. Él trabajaba en la Constructora Maíz y Mier, así que podíamos pagar renta. Lo que pasa es que luego se salió porque se fue al rancho a sembrar, no queríamos tener ociosas las tierras, pero cuando volvió ya no lo ocuparon; entonces comenzó a trabajar en la granja.

Nos tuvimos que cambiar a la Hidalgo porque nos pidieron la casa, y las que tratamos de rentar tenían muy alta la renta; no nos alcanzaba, así que por mientras nos fuimos de arrimados con su hermano, pero eso duró cuatro años.

Mis hijos todos terminaron la primaria y luego la secundaria, todos trabajan: uno en una carpintería, y ya está casado; otro es yesero en la construcción, y también está casado; otro trabaja de intendente. Mayra, mi hija mayor, es secretaria y trabaja en un Centro de Desarrollo Infantil (CENDI) de Tierra y Libertad y tiene dos hijos. Otra muchacha trabaja en la cocina de otro CENDI; una más pequeña es auxiliar de sala en otro CENDI. Estas guarderías fueron construidas por el Frente Popular Tierra y Libertad, están en nuestra colonia y son para las mujeres que trabajan. Son una gran ayuda para ellas, porque antes ¿con quién se quedaban los niños? Con la abuela, si había y no trabajaba;

otros solos, muchos se quedaban encerrados y solos, incluso amarrados, para que no hicieran diabluras, y eso no estaba bien ni para las mamás ni para los niños. Ahora eso ya no pasa en Tierra. Otro hijo trabaja en una tienda y el más chico entró a la preparatoria de Tierra y Libertad, que es nueva, pero ya tiene muchos alumnos.

Mi marido, ahora de viejo, trabaja de nuevo en la construcción.

Por parte de la familia de mi esposo se vinieron, al día siguiente de la invasión, cuatro familias más; de la mía no quisieron, porque tenían miedo.

Yo nunca tuve miedo y hasta la fecha no lo tengo. Para mí entrar a Tierra y Libertad significó tener un lote y una casa para ya no andar de arrimada. Mi vida mejoró, tengo casa propia, aunque no está muy buena, pero es mía.

Para mí es de mucha satisfacción estar con tantos compañeros del frente, con nuestros líderes; eso te hace saber que no estás solo en la vida.

Hubo tiempos muy duros, pero a mí me gustaron porque había una gran unidad entre todos y además de gran apoyo al que necesitaba algo. Por ejemplo, si a alguien se le enfermaba un hijo, la mujer, o un viejo, todos nos cooperábamos aunque no tuviéramos casi dinero, o se iba en comisión a conseguir la medicina o el hospital, todo era en forma de cooperación y todo se arreglaba. Eso antes no lo habíamos vivido ninguno de nosotros; cuando alguien se enfermaba sólo sus parientes sabían y, si podían, hacían algo por él, si no, pues se moría. Por eso había mucha mortandad. Al estar aquí y formar el frente eso cambió, ya nadie estaba solo, todos nos ayudábamos y nos dábamos el apoyo, aunque no fuéramos parientes, eso aprendimos aquí: la solidaridad.

Había una gran unidad: la escuela la hicimos con el trabajo de todos, los líderes junto con nosotros cargando botes de mezcla o blocs, lo que fuera; para el drenaje igual: todos juntos, todos enterregados y lodosos y comiendo de la misma comida.

Haciendo kermeses, matando marranos, haciendo tamales para juntar dinero para las obras; era algo tan bonito ese trabajo colectivo de los Domingos Rojos y duraron muchos años, casi quince, que fueron los más difíciles.

Luego hicimos cooperativas en los diferentes sectores y casi siempre éramos las mujeres las que hacíamos las comisiones y demás actividades, ya que los hombres, donde los había, se tenían que ir a trabajar para ganar la comida.

Las cooperativas se acabaron al venirse las contradicciones, pero el trabajo siguió. Soy de la Base Norte Uno, no hay cooperativa pero la base sí funciona y entre 54 o sesenta mujeres participamos en la liga femenil, los hombres casi no se juntan, ahí las que siempre hemos jalado parejo somos las mujeres.

Yo siento que como la mayoría de la gente ya tiene resuelto lo principal, que es la casa y los servicios, ahora sólo se mueven cuando les da la gana, a veces sí ya veces no. Duele decirlo, pero es la verdad.

Yo estoy contenta porque a pesar de tantos hijos que tuve y ser tan pobre, mi marido y yo los sacamos adelante.

Lo único que me entristece es que nunca he podido ir de vacaciones a algún lado, ojalá algún día se me haga y vaya al mar a descansar por unos dos o tres días. Estoy un poco cansada.

# ANTONIA

Soy de un pueblo de Zacatecas que se llama Apizalaya. Dicen que el nombre se lo debe a que, en la época de la revolución, por ahí llegó una muchacha llamada Laya; ha de haber sido muy bonita yo creo, porque desde entonces le pusieron al lugar "aquí pisó Laya" y de eso quedó el nombre de Apizalaya, según contaba mi abuela y toda la gente del lugar, pero vaya usted a saber la verdad. Nunca fui a la escuela, así que no sé leer ni escribir.

En 1968 me vine de mi tierra a la colonia Rafael Buelna, me vine con mi esposo y mis cuatro hijos.

En el rancho ni mi esposo ni yo teníamos tierra ni qué sembrar. Tallábamos la candelilla, así que mejor nos venimos y ya aquí nos quedamos.

En 1973 conocí en la colonia Rafael Buelna a Lourdes y ella me animó a que nos fuéramos a invadir la Genaro Vázquez. Pero no nos fuimos el mero día, sino al día siguiente, era el segundo día y nos quedamos más tiempo. Lo que pasa es que ahí nos tocaron unos terrenos muy arriba del cerro y no nos gustó, porque las dos teníamos niños pequeños y pensábamos que era peligroso. Como al año supimos lo de Tierra y Libertad y entonces nos animamos de nuevo.

Yo nunca le dije a mi esposo, porque él no se metía en nada, ni para bien ni para mal, todo me lo dejaba a mí sola, así que no le conté nada.

El día que invadieron nos vinimos como a las seis de la mañana, tan luego él se fue al trabajo. Dejé a mis niños

con mi hermana y me vine. Cuando llegó mi marido en la noche, hasta esas horas se enteró de lo que había hecho, más no dijo nada.

Todos los días algunas de las gentes decían: "Nos vamos a enfrentar con la policía...", y como ese corrían muchos rumores más y yo pensaba: "Cómo le vamos a hacer: ellos con pistolas y nosotros con nada", y temblaba. Así me la pasé pensando al principio, las primeras semanas, pero luego era una de las de mero adelante, siempre iba en la primera fila y salía al primer llamado que se daba, porque teníamos un sistema de silbidos para avisarnos los diferentes peligros que había; era como una alarma secreta.

El día que me dieron mi pedazo, marqué mi cuadrito con una pala y un talache, lo limpié de yerbas y basura, había muchísima basura; y cómo no, si eran los tiraderos de la ciudad. En la noche llegó mi marido y me hizo un cuartito de puras garras: ahí nos dormimos. En la mañana, al recoger las cobijas, en el lugar donde me había acostado estaba una víbora, mi marido la mató, ¡el susto que me dio!

Yo me quedaba y le decía: "Vete, porque si viene la policía, ¿quién va a ver a los niños?".

Había mucho temor a una agresión. Él se iba a trabajar en la mañana, y en la tardecita venía y yo le daba de cenar y luego ya se iba a la Buelna, para cuidar a los hijos. Lo hizo por muchas semanas, y como a los tres meses ya se vino. Para eso hizo un cuarto con puros blocs viejos encimados, sin pegarlos, porque no teníamos para el cemento, ¡cómo hizo aire en ese tiempo! Más bien yo creo que antes no lo sentíamos, no nos preocupaba, pero en ese momento y con los blocs sólo encimados, me daba miedo que se fueran a caer y por eso sí lo sentía. Pero Dios nos ayudó mucho.

Al principio casi no dormíamos porque toda la noche y durante el día hacíamos rondines, seguido había alarmas, algunos se ponían a gritar: "Compañeros, la policía viene ahorita por Bernardo Reyes", decían, "o por Simón Bolívar", y entonces nosotros corríamos por piedras y palos, y nos parábamos en los puntos señalados para enfrentarlos. A veces era cierto, sí venían, pero al ver que no les teníamos miedo, mejor se detenían, se paraban a lo lejos y no trataban de entrar. Era para asustarnos, pero nuestra necesidad de tener un pedazo dónde vivir era tan grande que estábamos dispuestos a todo y las mujeres éramos las más bravas.

Nos organizamos por manzanas, nombramos jefes de manzanas, coordinadores y hasta de Honor y Justicia.

Lo primero que acordamos fue construir la escuela, porque queríamos que nuestros hijos sí estudiaran. Así que luego luego pusimos manos a la obra, puro trabajo voluntario. Para septiembre ya teníamos dos salones terminados y otros dos comenzados. Fuimos a la Secretaría, con listas y además con los cientos de nuestros hijos y después de dar muchas vueltas y de hacer muchos plantones conseguimos nos enviaran maestros. Unos trabajaban en los salones, los demás al aire libre.

Hicimos también, desde los primeros días, un techo grande con hierbas del río San Martín que pasaba por aquí; ahí hacíamos nuestras asambleas y también ahí trabajaban los maestros. Hacíamos kermeses, gorditas, tamales y muchas cosas más, todo para juntar dinero para la escuela.

Todo el material lo acarreamos las mujeres, porque los hombres se iban a trabajar y para que nos saliera más barato pues lo acarreábamos en carretillas y botes, creo que eran entre quince o veinte cuadras, que era donde estaban las

pedreras, al lugar de la construcción de la escuela. De día casi no se veían los hombres en la colonia y es que o estaban trabajando o durmiendo, ya que de noche tenían que hacer rondín, que era velar hasta que amaneciera.

Mi marido y yo nos juntamos, nunca nos casamos, ahorita llevamos cuarenta años así. Llegué con cuatro hijos; otros cuatro, que me nacieron aquí, se me murieron.

Actualmente sólo mi hija más chica vive conmigo; ya tiene veinte años, estudió hasta secundaria, pero no tiene mucho interés en trabajar, es a la que más le gusta participar en la lucha.

Mi hija mayor se fue a Estados Unidos. Ella no quiso estudiar, entró a trabajar en la obra y muy jovencita se me casó y tuvo un hijo. En 1985 enviudó y andaba muy desmejorada, la muerte de su marido la afectó mucho; así que el día que me dijo que se quería ir al otro lado yo no me opuse. Me dejó al niño y me habla o yo le hablo cada mes, y cada año o a los dos, cuando mucho, nos visita. Se volvió a casar allá con otro hombre, pero éste es muy desobligado y borracho, así que está sola, como quien dice. Para mí fueron muy pesados los problemas de ella, ya que el yerno era muy bueno y trabajador; a mí me respetaba y era muy amable, por eso creo que al fallecer él, también me atrasé junto con ella y no la pude ayudar.

En la colonia Victoria Popular vive otra de mis hijas. Ella trabaja en un CENDI. Ya de grande tuvo que terminar la primaria y hacer secundaria para poder trabajar ahí, lo bueno es que sí lo hizo, tiene cuatro hijos. Todos mis hijos viven en la colonia, pero ellos no se meten en nada y todos estudiaron hasta secundaria.

Yo he sido jefa de manzana, coordinadora y Honor y Justicia. Siempre me gustó participar. Colaboré en la tortillería, pero como que no funcionó. Ahí trabajábamos, cuando estuve, tres mujeres y un hombre. Yo veía siempre mucha gente, largas colas, todo se venía, pero las ganancias no se veían por ningún lado. Yo entré casi al final, la tortillería estaba frente a mi casa y sólo duré trabajando cuatro meses, fue una lástima que se perdiera.

En ese tiempo se hizo una Cooperativa del Frijol, también una para matar marranos y vender a buen precio los chicharrones, el chorizo y la carne; pero también quedaron mal. Todo era con el fin de ayudarnos y tener mejor alimento y más barato. Cuando pienso en eso creo que el problema era que todos éramos analfabetas y no entendíamos nada sobre una cooperativa, y mucho menos cómo manejarla. En las asambleas se tomaban los acuerdos y se nombraba a quienes iban a trabajar en una o en otra, pero nunca se dio el control. Así también hicimos cooperativas de las gorditas, de tamales, en fin, de muchas cosas. Cuando eran para la escuela siempre funcionaron porque el dinero inmediatamente se invertía en comprar material, que, como dije, íbamos de inmediato y lo acarreábamos nosotras mismas; pero ya en las otras no se daba el control y no se veía en qué se iba el dinero, eso sí, éramos muy trabajadoras, pero no se veían los resultados.

Aquellos fueron años de muchos sacrificios. Las que éramos muy activas a nuestros hijos sólo les dábamos de comer lonches de mortadela. Eso fue por muchos meses, ya que no teníamos tiempo de hacer comida, de tanta comisión, asamblea y tareas en que andábamos.

El profe Beto cuando vino aquí traía sus dos títulos y dos trabajos, y el dinero que ganaba lo repartía entre todos. Aquí se gastaban su dinero Lupita y otros, dos o tres maestros más, que eran los que ganaban; muchas veces era en medicinas para un niño o un viejo. Otras veces en comida, porque los hombres no siempre conseguían trabajo, y menos cuando andaban en comisiones. Cuando esto pasaba, se le pedía a una compañera o a otra que les hicieran de comer a todos y así podernos echar un taco de lo que se pudiera, pero eso sí, todos igual. También gastaban en pagar el pasaje de las comisiones, aunque en esto procurábamos que éstas siempre fueran grandes, ya que así no pagábamos el camión, porque le pedíamos al chofer que no nos cobrara, y si no quería, sólo "lo tomábamos prestado", el autobús, y al llegar a donde íbamos se lo regresábamos al chofer. Así le hicimos muchísimas veces, hasta hubo choferes que se hicieron nuestros amigos y ya no nos decían nada y sólo nos llevaban a donde les decíamos, incluso algunos nos echaban porras. Pero también había los que al vernos de lejos nos sacaban la vuelta. De todo hubo.

Otra cosa que se hizo muy al principio fue el Centro de Salud, ya que los niños se enfermaban a cada rato y también algunos mayores; para eso conseguíamos medicinas y el trabajo de los doctores, que eran de los nuestros, era gratuito. También en forma colectiva lo construimos, y después este centro se le entregó a Salubridad, en un convenio que se hizo con ellos. Creíamos que iba a estar mejor, pero no, está peor y ahora ya decayó más aun.

Mis hijos que, antes de venirnos aquí, nacieron en la casa y con comadronas, se me lograron; y los que tuve en el Hospital Universitario se me murieron. Los síntomas eran

los mismos: se les ponía dura su pancita, les daban vómitos y diarreas y se morían. A todos les pasó antes de cumplir el año, se me fueron y de repente. Sólo una niña se me murió ya mayorcita y fue de que le recetaron mal una ampolleta, hasta la compañera que la inyectó en el Centro de Salud dijo: "A ver si no le hace daño...", y la sobaba porque se le hizo una bola. El absceso nunca se bajó, antes al contrario, le caminó para adentro, en vez de salirse para afuera. Le poníamos sábila, vinagre, hielo y más ampolletas, y nada le sirvió. Nunca se desbarató el absceso, así que se murió.

Los compañeros dirigentes nos decían que estudiáramos y nos daban teoría, pero no nos daban clases o escuela, así que solas era difícil que aprendiéramos a leer y escribir, por lo menos yo no pude. Eso sí, a las conferencias políticas de la organización, a ésas no faltaba. Ésas me interesaban y me gustaban mucho.

Yo era muy maldicienta y, cuando no estaba de acuerdo o me enojaba, mejor me salía de las juntas, porque cuando me quedaba los maldecía a todos. Yo era de las que andaba mero adelante, éramos muchas a las que no nos importaba que nos dieran un mal golpe o quedar tiradas ahí.

No sé si alguien me cuidaba, o me protegía, porque yo, embarazada o no, andaba en la punta del grito. Mi marido andaba en el rondín de noche y nosotras, las mujeres, éramos las activistas de día: comisiones, construcción de las casitas, acarreo del material de la escuela, en fin, siempre teníamos muchas actividades. De noche eran ellos los que cuidaban la colonia haciendo el rondín, porque de día tenían que trabajar para ganar dinero para la comida. En ese tiempo dormían pocas horas y se turnaban.

Sin embargo sí hubo mujeres que le entraron a las actividades de noche. Lo malo fue que algunas lo hacían para divertirse y no en plan serio. A los del rondín les tocó encontrar a compañeras y compañeros en malos pasos, y entonces los llevábamos a la cárcel. Para eso construimos dos cuartitos, uno para mujeres y el otro para los señores. A los que traicionaban a sus parejas los tusábamos, si podíamos los dejábamos totalmente pelones. Las mujeres no se dejaban tan fácil, pero las sometíamos entre varias y les cortábamos el pelo lo más que podíamos: ''Para que te dé vergüenza", les decíamos. Esa era nuestra justicia.

Eso era disciplina, así lo habíamos acordado en asamblea, cuando se empezaron a presentar los primeros casos de adulterio. Por eso mismo se acordó hacer nuestra propia cárcel y la hicimos entre todos. También metíamos ahí a los borrachos y a los que golpeaban a sus mujeres, era la "justicia del pueblo".

Muchos hombres y mujeres se fueron de la colonia por eso, no les gustaban nuestros modales; pero fueron muchos más los que sí se compusieron y se quedaron. La "justicia del pueblo" duró como siete u ocho años, hasta que decidimos quitar la cárcel, pensamos que era mejor arrear, a los que no se componían, para la judicial.

También desde el principio las mujeres nos dedicamos a cerrar las cantinas de los alrededores y en la Asamblea General se tomó el acuerdo de no permitir que se abriera ni un solo depósito en la colonia.

El primer cierre fue un día en que resultaron muertos unos soldados en una cantina que estaba en las orillas de una de nuestras colonias. Ahora se encuentran en ese lugar los CENDI uno y seis; eran verdaderos congales y ahí

mismo vivían las mujeres. Al discutir el asunto en Asamblea General nos dimos cuenta que en varias de nuestras privadas las mujeres se dedicaban a la prostitución.

En la Liga Femenil hablamos mucho sobre el asunto, luego nos dimos a la tarea de visitarlas varias veces y les explicábamos por qué estábamos en contra de eso. Algunas se fueron, pero la mayoría cambiaron de giro su vida y muchas se volvieron activistas de la organización y dejaron de ser explotadas de modo tan denigrante.

Nosotros logramos que muchas de estas mujeres cambiaran de vida, otras quizás no, pero la oportunidad la tuvieron, porque en nuestra organización, cuando alguien venía a pedir ayuda, siempre se le daba el apoyo, de todo tipo, con dinero, medicinas, incluso consiguiéndole trabajo a la gente en diferentes cosas; de lo que se trataba era de ayudar para mejorar y yo creo que en la mayoría de las veces lo logramos.

Todo esto ha sido a través de muchos años, ya completamos 25. ¡Qué de vidas han venido y pasado por nuestra organización! Sin embargo, yo creo que la mayoría se han quedado y mejorado, pero lo más importante es que ¡seguimos luchando!

# MARTHA

Nací en Concepción del Oro, Zacatecas, en 1944. Casi inmediatamente que nací mi papá y mi mamá se vinieron a Coahuila, y luego aquí, así que soy realmente regiomontana. Soy la mayor de seis hermanos.

Resulta que mi papá era minero, y se vino a buscar nuevos horizontes, y aquí los encontró porque trabajó para Troqueles muchos años. En realidad él no era minero, sino que juntaba y acarreaba mineral a las diferentes fundiciones. Por su trabajo emigrábamos cada rato, así vivimos en Piedras Negras, Monclova, Saltillo, Marte (que está cerca de Saltillo), y luego ya definitivamente nos quedamos en Monterrey.

Por todo ello la primaria la hice en forma salteada, ya que cada rato emigrábamos; después de la primaria comencé Comercio, y era lo que yo quería hacer, pero cuando estaba en segundo año de nuevo papá cambió de lugar de residencia y yo tuve que suspender mis estudios.

Mis hermanos sí estudiaron; uno es ingeniero industrial y el otro maestro de idiomas, y una hermana también es maestra. Como ella ya no quiso viajar, la dejaron con una tía; yo, por ser la mayor, era la que tenía que ayudar a mamá en los quehaceres de la casa, así que a mi no me dejaban.

Vivíamos en Santa Catarina, papá ya no viajaba tanto. Yo no tenía novio porque papá no me dejaba tenerlo, era muy estricto. Un día, en un camión, me encontré con un amigo de la infancia, lo había conocido en la doctrina. Me

preguntó dónde vivíamos y yo le expliqué que en Santa Catarina. Unos días después se le ocurrió irme a ver. Al llegar le abrió mi papá, y al saber que me iba a visitar le dijo, sin más ni más: "Si quieres ver a mi hija, primero traes a tus papás para conocerlos...", y él, sin decirme nada, los trajo a la casa la semana siguiente, y así, al poco tiempo, yo me casé, tenía dieciocho años. El día de mi boda me fueron a sacar de un cine porque yo estaba aterrada. No estaba preparada para casarme, no me pidieron mi opinión. Mis hermanos me preguntaron "¿Por qué te casas?", y yo no sabía qué responder. Mi boda fue una sorpresa para todos, incluso para mí.

Mi novio trabajaba en una fábrica de pinturas; luego entró a Pigmentos y Óxidos y ahí está hasta la fecha. Cuando se cambió de trabajo, que era en lo mismo, sólo que en una fábrica más grande, yo me comencé a rebelar; le decía que era un trabajo muy explotado y muy mal pagado.

Desde los once años me comencé a preocupar por cosas como la guerra. A veces veía películas sobre ese tema y quería saber más y el porqué los hombres eran capaces de matar a sus semejantes. Yo quería saber eso y muchas cosas más. Me gustaba leer, a mi papá y a mi mamá también, así que en la casa había libros, y ahí fue donde cogí esa costumbre.

Después de casada nos fuimos a vivir a la casa de mis suegros, en la colonia Garza Nieto. Teníamos de vecinos gente que eran del Partido Comunista y yo los oía discutir. En el porche de su entrada, junto al nuestro, tenían largas pláticas sobre las cosas del mundo y de la política. Yo, haciendo como que arrullaba a mi bebé, me sentaba en la entrada de mi casa para poderlos escuchar. Nunca participé en sus pláticas, pero ¡la de cosas que ahí aprendí!

En ese tiempo comenzaron en la ciudad una serie de movimientos sociales; sobre todo me acuerdo del de los trabajadores en el Hospital Civil y el de las preparatorias. Como yo leía los periódicos todos los días, ahí me enteraba, y es que yo quería saber todo. Lo mismo pasó cuando sucedió lo de 1968 y qué de discusiones se armaron con los vecinos y qué de noticias hubo en la prensa.

Para eso yo ya tenía cinco hijos y varias veces le había pedido a mi marido que comprara, a través de la fábrica, una casita. Primero le dije cuando se comenzaron a hacer unas en el fraccionamiento Bernardo Reyes, cerca de donde vivíamos, y luego también cuando se hizo la colonia Ferrocarrilera. Al leer la prensa todos los días, me enteraba de las facilidades que estaban dando. Pero mi marido siempre me decía que no había dinero, y era cierto, pero en la fábrica le podían haber prestado; lo que pasaba era que tenía mamitis aguditis, no quería cambiarse de ahí. En esa casa de mis suegros vivíamos varios de sus hijos casados, éramos como veintiséis personas, así que había muchos problemas entre las cuñadas y los niños; sin embargo él no quería cambiarse por nada, pero yo sí.

Estaba esperando mi sexto hijo cuando se invade Tierra y Libertad, y dos de mis cuñadas se vinieron. Ese día me mandaron a traerles un recado. Yo no estaba muy enterada del asunto, pero cuando vine me enteré que el que no tuviera ni casa ni terreno propios y quisiera tener un lugar para vivir se podía incorporar a la invasión. Sin más ni más me fui a la casa a traerme a mis cinco niños, uno era de brazos todavía.

No le dije nada a nadie, sabía que no me iban a hacer caso y mucho menos a entender, así que me vine sola y sin ropa, sólo con mis niños. Recuerdo que lo único que se me

ocurrió tomar en la casa fue un litro de aceite, un kilo de frijol y dos sopas, sólo eso me traje.

Aquí todo estaba tranquilo, la gente regada, unos por aquí otros por allá; enmedio estaba un grupo de muchachos, que luego supe sus nombres: Beto, Camero, Acosta y otros. Les pregunté que dónde me acomodaba y me dijeron que donde yo quisiera, pero que no debía moverme porque había que cuidar el punto.

Cuando me acuerdo de ese momento y me veo yo sola con mi montón de hijos pequeñitos, como pollitos, alrededor mío, me acuerdo de que en la cabeza sólo tenía un pensamiento: "Lo mejor es que yo ya voy a tener un lugar dónde vivir". No tenía nada de miedo y nunca lo tuve y a partir de ese momento siempre estuve dispuesta a defender mi lugar como fuera.

Esa noche una viejita, doña Jovita, me dio una cobija vieja, pero era lo único que tenía para tapar a mis hijos. Luego se arrimaron dos o tres señoras más y también me dieron unas sábanas y trapos.

Carmela, que es prima de mi esposo, sí se vino junto con el marido, así que desde el principio él le levantó un cuartito, con tablas y lo que pudo. Ella me daba abrigo en su casa, les daba de comer a mis hijos y a mí también. Como yo no tenía ni un techo, andaba todo el día de un lado para otro, con todos mis niños siguiéndome, parecía mamá gallina.

Don Pablito, que era uno de los líderes, me quería acomodar en un lugar donde había un camino, y me decía que luego, algún día, iba a ser una gran avenida, y sí, es cierto, es la Almazán; pero yo no quise porque inmediatamente pensé: "Capaz y un camión me atropelle a uno de los niños", así que le pedí otro lugar.

A los dos o tres días doña Chepina me regaló otra cobija y más personas me dieron cosas; yo me arrié un baño de no sé dónde y así hice mi chimenea.

Llegó un momento en que yo ya no me podía mover por mi barriga, entonces las vecinas nos unimos, y mientras ellas andaban en comisiones, yo hacía la comida (sopa y frijoles) y atendía a todos los niños de ellas, que eran un montón.

Mi marido venía, veía y se iba. La ventaja era que yo tenía seguro social, así que llegado el momento del parto ahí me atendí. Me fue a ver al hospital y me decía que nos fuéramos de nuevo con su mamá, pero yo no acepté. Mis niños estaban con las vecinas, así que al tercer día de nacido el bebé me vine de nuevo para acá.

Al principio toda mi familia me presionaba para que me fuera, los hermanos de él también. Aquí me llamaban "la burguesa", porque mis hermanos venían en buenos carros a rogarme que dejara esto; sin embargo, yo no quería y no me fui.

Me hice de la lucha, y aunque me dijeran que era burguesa, era de las que más peleaba y alegaba, iba en comisiones y trabajaba en todo lo que fuera necesario, en todo lo que acordábamos en las juntas. Eso era así porque yo ya quería a mi pedazo de tierra, mi lugar, donde algún día iba a hacer mi casa, la casa de mis hijos. Así pensaba yo y se lo decía a mis hermanos, pero ellos no lo entendían y nunca lo entendieron. Ni modo.

Comencé a participar en las juntas después de que nació mi niña. Las mujeres de esta cuadra fuimos muy solidarias una con las otras; aún ahora, después de tantos años, lo seguimos siendo. Incluso, sin estar conscientes, incorporamos a la lucha a las hijas mayorcitas, niñas de once

y doce años, que eran las que se quedaban a cuidar a los niños mientras las mamás andábamos de activistas.

Después de un tiempo, al escuchar todo lo que se decía en las juntas, descubrí que era otro el rollo. Ahí los muchachos nos explicaban el porqué de la lucha, entendí que no se trataba sólo del asunto de tener un pedazo de tierra para vivir, sino que era algo mucho más importante, más profundo; que era la lucha por la justicia para el pueblo, por los derechos del pueblo y entonces me hice más activista y leía todos los materiales y revistas que caían en mis manos, me los devoraba.

La colonia llegó a ser tan grande, tan numerosa, que se tuvo que dividir en sectores, y después de muchas discusiones se fue conformando la organización que recibió por nombre Frente Popular Tierra y Libertad.

Ahí nació la Liga Femenil, los jefes de manzana, la Comisión Coordinadora, la de Honor y Justicia y se tomó el acuerdo que el máximo organismo de poder era la Asamblea General. Todo eso lo discutimos muchas veces, porque se quería que la mayoría participara no sólo en la actividad, sino también en las discusiones y en la toma de decisiones.

Al principio yo no entendía por qué en cada asamblea se daba un Informe de Movimiento, hasta me parecía aburrido, pero luego entendí que a través de eso era la enseñanza, porque ahí se discutía de todo. Ahí se explicaba por qué el gobierno actuaba de un modo o de otro, también el porqué de la represión, también ahí se hablaba de la situación de desigualdad de la mujer y se decía que era una educación que se arrastraba de mucho tiempo atrás. Todas esas discusiones eran muy interesantes, en ellas aprendimos mucho.

También sucedían cosas chuscas, como cuando la profesora Lupita nos hablaba de la situación de explotación de la mujer, de la necesidad de liberarnos y de que en ese camino estábamos y todas, claro, encantadas, con la boca abierta la escuchábamos; pero en eso llegaba el profesor Beto y le decía que dónde estaba la comida y entonces se acababa la junta y todas corríamos a nuestras obligaciones.

Nos costó mucho romper con todas las costumbres de sumisión: antes, yo al hablar con mi marido casi no lo miraba, y si me hablaba recio mejor me callaba. Desde que me había venido, él sólo venía de vez en cuando y casi no hablábamos. Si él quería, traía algo de mandado; si no, no. Yo no me atrevía a pedirle nada, porque pensaba que la que se había venido era yo, yo lo había abandonado. Pero luego, después de muchas de esas pláticas sobre nuestros derechos y calidad de iguales con los hombres, yo comencé a exigirle mandado para los niños, ya que eran sus hijos y le decía: "Si tú no te quieres venir, pues no te vengas; pero con los niños tienes que cumplir con la comida por lo menos", y así un día comencé a mirarlo a los ojos, de frente y a exigirle, y lo más bueno fue que cambió y trajo mandado.

A los tres años, los niños y yo vivíamos en un tapanco y un día vino papá y se puso a trazar zanjas, para hacer un cuartito. Entonces como que a él le dio vergüenza y fue y sacó un material fiado, y Alfredo, mi cuñado, el esposo de Carmela, me hizo mi primer cuarto de material. Y fue hasta entonces cuando él se convenció de que yo nunca me iba a regresar a la casa de su madre, pero todavía dejó pasar unos meses; él realmente se vino a los cuatro años de la invasión.

Las mujeres andábamos en las comisiones y gestiones ante el gobierno y en todo lo que se necesitara en

Secretaría de Educación. Éramos las activistas principales, participábamos en las asambleas casi todos los días y también íbamos a dar apoyo a las otras invasiones que se dieron y que fueron muchas. Casi todos los días llegábamos tarde a la casa, después de andar desde la mañana en comisiones. Volvíamos a las seis o siete de la noche, a veces hasta las diez o más y nos costó sangre, porque muchas veces nos tuvimos que agarrar a moquetazos con los maridos que no nos querían abrir la puerta. Hubo a causa de eso muchas separaciones y hasta divorcios. La mayoría de los hombres entendieron, aunque tardaron mucho, que no andábamos de locas, que lo que hacíamos era bien importante para la comunidad; sin embargo algunos se fueron y ya no volvieron nunca.

Esa fue una lucha sólo de las mujeres, por sus espacios y por la libertad; no era consciente, o sea, no fue planeada, sino que se dio en la medida en que trabajábamos por el bien de la comunidad. Nos costó mucho, a algunas incluso su matrimonio, pero no estamos arrepentidas, lo hemos hablado muchas veces.

Sin embargo yo, a veces, me he cuestionado: recordando que cuando estuve sola y que mi marido me tenía castigada y no me daba para el diario, a pesar de que nunca dejó de trabajar, yo tuve que trabajar lavando y planchando, haciendo tamales y otras cosas para ganar el dinero de la comida. Fue el tiempo en que mi marido me tenía castigada, porque él ganaba cada semana y no nos traía nada. Siento que las mujeres nos desdoblábamos y trabajábamos el doble o el triple, y entonces me pregunto: ¿Dónde está nuestra liberación? Si, resulta que, las mujeres, a final de cuentas trabajábamos más, mucho más.

Luchábamos para que nos respetaran nuestros derechos como personas en la casa, luchábamos por tener derecho de trabajar, luchábamos para que nos dejaran participar; pero parece que mientras nos liberábamos de una cosa, nos metíamos en otra situación más difícil, más pesada. A veces he pensado que las ganonas fueron las empresas y las patronas, porque nos fuimos a trabajar con los bajos salarios que ellas querían y nosotras, las mujeres trabajadoras, las del pueblo, no ganamos gran cosa, resultamos más explotadas, ¿no? Me he preguntado si no están mejor las mujeres encerradas en sus casas con sólo el quehacer del hogar y ya. Claro que logramos ser libres del yugo del marido, las que éramos muy activas, pero esa libertad a las mujeres nos ha costado mucho, ¡es cara, muy cara!

Mi marido se vino a vivir con nosotros, realmente, hasta después de cinco años de estar yo sola al frente de todo, porque al principio sólo se quedaba uno o dos días de la semana y se iba.

Han pasado muchos años, 25 para ser exactos. Ahora ya estoy en otra etapa de mi vida; sin embargo, por nada cambio la experiencia dura de aquellos años que aquí viví. Aquí aprendimos a valorarnos por nosotros mismos, a saber que éramos fuertes, la lucha no fue sólo por nosotros, sino por todo el pueblo, pero además y principalmente por nuestros hijos. Queríamos que los hombres y las mujeres jóvenes crecieran con una idea diferente de la vida, sabiéndose con derechos para estudiar y ser respetados ante los demás, con derecho al trabajo, a la salud y todo lo que nos marca la ley y que todavía mucha gente, como nos pasaba a nosotros antes de estar en Tierra y Libertad, no conocen.

Las cosas han cambiado, aunque no todo lo que hubiéramos querido. Eso sí, los hijos de toda la gente que luchó y vivió esos primeros años en Tierra y Libertad, esos jóvenes son diferentes, conocen sus derechos y tarde que temprano lucharán por ellos.

Sucedió que hubo un tiempo en que creíamos que en cualquier momento se iba a venir la revolución de los pobres en toda América Latina, que se iba a lograr la justicia con eso y nosotras deseábamos participar en esa revolución. No fue así; al contrario, las cosas han cambiado al revés. Yo tuve la experiencia de ir a Nicaragua, cuando los sandinistas estaban en el poder y había guerra, porque sus enemigos y los gringos los querían tumbar; y cuando yo vi, cerca, lo que era la guerra, ya no deseaba hacer la revolución.

La guerra es muerte y se lleva de encuentro a muchísima gente que no tiene nada que ver con los que se están peleando. Ahora, cada vez lo pienso más y más y creo que las guerras son lo peor que le puede pasar a un pueblo. Ese no es el camino.

Yo asistí a muchos congresos y asambleas nacionales de nuestra organización. Era una convencida de la lucha y lo sigo siendo, pero creo que debemos pensar en otras formas. Por la organización viajé a muchas ciudades del país, pero realmente no las conozco, porque íbamos a lo que íbamos: a una reunión de discusión y luego de regreso a la casa y nada más. Éramos muy estrictos nosotros con nosotros mismos.

Las rupturas entre nuestros líderes me afectaron porque yo amaba tanto a unos como a los otros, pero así tenía que ser, porque hay diferentes puntos de vista en la vida, y con más razón en la lucha. Algunos de los materiales que leí

hablaban de las contradicciones en el pueblo, y creo que me ayudaron a entender, algo, las discrepancias.

A mí lo que me da tristeza es que tanto esfuerzo, de tantos que éramos, quedó en muy poco. Es como cuando agarras agua entre las dos manos y ¿cuánta te queda? A lo mejor esto sucedió porque nuestros sueños eran muy altos.

Pero parece ser que así es la vida y que los cambios tardan mucho tiempo para darse, pero estoy segura de que se darán.

# BEATRIZ

Yo nací en Villa González Ortega, Zacatecas. Mi papá trabajaba en las labores. De familia éramos tres mujeres y un hombre, yo era la más chica.

Allí viví hasta los seis años de edad, en que me mandaron a estudiar a León, Guanajuato, al instituto Antonio Amailean, que era para gente rica. Resulta que mi papá se enteró por uno de los señores ricos del pueblo de que iba a mandar internada a su hija a ese colegio, y aunque para él eso significaba un gran gasto, preocupado por mi educación lo hizo, 150 pesos de aquellos tiempos le costaba. A mí me gustaba mucho la escuela, así que aproveché todo lo que me enseñaron. Eso se lo agradezco mucho a mi padre, ya que me ha ayudado mucho en la vida.

De ese colegio salían las señoritas para trabajar, incluso contratadas como en el Tecnológico ahora. Se hacía la carrera de comercio.

Al terminar la primaria yo quería seguir mi carrera comercial, y también quería estudiar piano, me gustaba y me gusta hasta la fecha la buena música; yo le insistí a mi papá que me dejara estudiar, pero él ya no podía pagar y entonces me llevaron a San Luis Potosí, donde vivía una hermana ya casada, para ver si había cupo en algún colegio del lugar, sin embargo no se pudo.

Entonces mi hermana, la mayor, me trajo a Monterrey diciendo que me iba a poner a trabajar para que le ayudara a mi papá en los gastos de la casa, porque la vida en el campo

cada vez estaba más difícil. Sin embargo no lo hizo, me puso a que le trabajara a ella; cuando yo le reclamaba, me decía que no me mandaba a jalar para que no estuviera viendo a los pelados.

Vivíamos en la colonia Independencia, era un barrio de tablajerías. Cerca vivía un vecino que casi siempre estaba solo porque su mujer se iba a trabajar a Reynosa o Matamoros. Algunos decían que andaba en malos pasos, qué sé yo, el hecho era que nunca estaba. Ese señor me propuso que me fuera vivir con él, era zapatero y trabajaba no muy lejos.

Me junté con él en 1953, yo tenía catorce años y él cuarenta. En 1954 me nació la primera niña, resulté "ponedora", cada dos años, más o menos, me nacía un hijo. Así le seguí hasta completar doce, me vivieron ocho y sólo cuatro se murieron. Con las vecinas me enteraba de que algunas se hacían cosas, como tomar yerbas o meterse ganchos, para provocarse abortos, pero yo no era de esas ideas.

Al principio él trabajaba en una fábrica y más o menos la librábamos con su pequeño salario, pero para la novena niña ya no nos alcanzaba y entonces fue cuando comencé a trabajar en el servicio doméstico. Por buena suerte me ocupé con unos ingenieros que estudiaban en el Tecnológico, gente muy educada que me respetaba mucho.

Por muchos años habíamos pagado piso, por un tejabán, pero luego ya no pudimos y nos tuvimos que cambiar a una vecindad por la calle Hilarlo Martínez, cerca del Hospital Infantil, en la misma colonia Independencia.

El dueño de la vecindad, un señor muy rico llamado Marcelo Marchand, era muy abusivo, cada rato le subía a las rentas. Al nacer la décima niña ya batallábamos mucho

para poder pagarla, y como no completaba le empecé a dar, a la encargada de la vecindad, por partes. Cada semana le daba un tanto, ella a veces me daba recibos y a veces no, traía una libreta y nos apuntaba, porque eso mismo pasaba con varios de los vecinos. Yo confiaba en ella.

Siempre, al recibir mi paga, y de lo que me daba mi marido, lo primero que hacía era separar la renta o por lo menos una parte, ya que consideraba que la casa era lo más importante. Diecisiete años duramos así, sufriendo por pagar la renta y sacar algo para comer.

De pronto un día me llegó una demanda. Yo me asusté, pero además no entendía por qué lo hacían, si yo siempre estaba pagando renta. Pensé ¿qué, por qué me demandan? Cogí mi papel y se lo llevé a los ingenieros con los que trabajaba, ellos me mandaron con un amigo suyo, que era abogado. Le mostré la demanda y también le enseñé los recibos que tenía, además le aclaré que le había dado más dinero a la señora y del cual no me dio recibos. El joven abogado me dijo que no me preocupara, que no me podían hacer nada porque estaba pagando.

Una o dos semanas después se me murió un niño. Lo tenía ahí tendido, en el cuartito, no teníamos para el entierro. Mi marido andaba buscando prestado y en eso llegaron a cobrarme lo de la renta. Yo me sentía muy mal y me solté llorando, no pude aguantarme; me dijeron "vieja llorona", burlándose de mí, y se fueron dándome un día más para que pagara. Esa fue una humillación muy grande para mí que me dejó una herida profunda.

Después me llegaron varias citas. Yo, como quiera, le seguía dando dinero a la encargada y ella me daba los recibos, en cualquier pedazo de papel, luego iba con el

abogado, le enseñaba las citas y él siempre me decía: ''No pasa nada".

Así me cayó la primera cita, luego la segunda y a la tercera ya llevaban orden de desalojo; yo les rogué y me dieron unos días más. Fui con el abogado y me dijo que por qué no le había avisado antes, y que además me tenía que amparar. Yo le alegaba que sí le había avisado, pero que además por qué me iba a amparar, si no había hecho nada malo; entonces me mandó con el juez y éste me dijo que no había nada que hacer ante el lanzamiento. Desesperada le enseñé el montón de recibos que tenía y le platiqué que el abogado siempre me decía: "No va a pasar nada".

Cuando vio el montón de recibos que tenía me mandó a hablar con el abogado de los dueños, y me dijo que era lo único que yo podía hacer: llegar con él a un acuerdo.

Resulta que el abogado de los señores Marchand era, en ese momento, el subprocurador del estado, el licenciado Sergio Guerra. Al llegar le expliqué cuál era mi asunto y le dije que qué se podía hacer, porque consideraba injusto el desalojo, cuando yo nunca había dejado de pagar y le enseñé nuevamente mi montón de recibos.

Yo era muy alegadora, le decía que por qué me recibían el dinero por un lado y por el otro me querían correr, que eso era contra la ley. Ya había escuchado a los abogados hablar sobre el asunto y así me di cuenta que era ilegal, además de ser un abuso.

Primero me dijo: "Señora: no iba a vivir de gratis...". Y yo, mostrándole los recibos de nuevo, le dije: "Claro que no, para eso abonaba, o qué ¿mi dinero no vale?". Y le agregué: "Uno de jodido no puede robar y los ricos sí, porque esto es un robo... Le exijo que me devuelvan mi dinero si

me van a desalojar". No sé de dónde me salió el valor y la ocurrencia, pero se lo dije. Como yo hablaba en firme, con energía y recio, ya cambió de actitud y la compuso: "Señora, comprenda que yo no le voy a ir con el chisme al señor Marchand, porque eso de que la señora no le daba los recibos, eso no se lo puedo decir. Le voy a dar chance a usted para que en quince días desaloje, luego le devolveré algo de su dinero...".

En la vecindad todos se enteraron de que había ido con ese señor tan importante, además había otras tres señoras demandadas y ellas fueron las que me platicaron que, a la vuelta, en otra vecindad, había gente de Tierra y Libertad y que hacían juntas y hablaban de ese asunto de las demandas y desalojos.

Mientras, yo andaba buscando a dónde cambiarme, pero resultaba que las rentas estaban carísimas, y además no querían en ningún lugar tantos niños. Desesperada, me animé a ir con las señoras, a la otra vecindad. Ahí estaba Maximino Hernández, que era el abogado que los asesoraba. Llegamos y había asamblea. Se planteó nuestro asunto y nos aceptaron como miembros, se llamaban Manzana Uno de la colonia Independencia.

Ahí se habló de la necesidad de unirnos todos los que vivíamos en vecindades y sufríamos el abuso de los renteros y sus encargados, que muchas veces los robaban a ellos y a nosotros también.

Comencé a participar en las comisiones, y como era muy buena para alegar hablaba muy seguido. El trabajo de la defensa de los inquilinos lo tomé muy en serio, me ayudó mucho la disciplina del colegio de monjas en que estuve de pequeña, que había sido muy dura, sin miramientos, porque

gracias a eso siempre he sido muy ordenada, me gustaba y me gusta, hasta la fecha, cumplir con lo que me comprometo. También me ha ayudado, y más en ese tiempo, en que todavía estaba joven, a darme a respetar con los compañeros. Yo siempre guardo mi distancia. Cuando quedábamos de ir a un lugar, la primera que llegaba y puntual era yo, y si había que ir a sacarlos de sus casas, también era yo; así que mejor todos cumplían. La defensa de los inquilinos la agarré con mucha fuerza, yo creo que porque como yo también lo era, sabía lo que se sufría.

Cuando los dueños de la vecindad supieron que me había hecho de Tierra y Libertad ya no me pidieron que me saliera y a partir de ahí no me cobraban renta, ni agua, ni luz, nada. Así duré como diez años más.

Al principio había pocos grupos a nivel de los inquilinos, pero se fueron dando muchos casos parecidos de intento de lanzamiento, y en algunos lugares alcanzaron a echar a la gente a la calle, sin importarles niños, ancianos, mujeres con embarazo avanzado y hasta enfermos. ¡Era una crueldad!

Nosotros nos juntábamos y la gente llegaba y exponía su situación. Un día decidimos hacer algo así como una alianza de inquilinos, pero todos dentro del Frente Popular Tierra y Libertad, porque ésa era la organización fuerte, la que nos había ayudado a detener nuestro lanzamiento y era la única organización importante que hablaba de la voracidad de los casatenientes y la necesidad de luchar para impedir tanta injusticia que se cometía contra los pobres.

Nos juntábamos los de la Manzana Uno de la Independencia; luego se formó un Predio Dos en la Industrial; luego los de la vecindad Juana de Arco. Al ponerle ese nombre, nos explicaron quién había sido la

heroína. Luego los de la vecindad del Nejayote; enseguida la Francisco Márquez, cerca de la panadería Estrella Roja. A todas se les puso el nombre de bases y, en todas, la mayoría de las activistas éramos mujeres. Como seguían llegando a pedir ayuda y apoyo se los dábamos y así, a petición de los afectados, fuimos y tomamos algunas vecindades en la colonia Caracol, en la Obrerista, en la Nuevo Repueblo y en muchos lugares más.

Cuando iba a haber un desalojo, nos avisaban y entonces íbamos y lo impedíamos, nos quedábamos ahí de guardia, por días y noches, todo el tiempo necesario, hasta que los caseros decidían no hacerlo y se retiraban ya sin amenazas.

En ese tiempo todos jalábamos parejo, y estuvieras haciendo lo que fuera, lo dejabas. Si estabas comiendo, aventabas el plato; si estabas lavando, ahí se quedaba la ropa, lo que fuera; sabíamos que a los compañeros amenazados, que muchas veces ni los conocíamos, les urgía nuestra presencia y por eso todo dejábamos y nos íbamos. Cientos de desalojos los impedimos, fue una lucha de gran solidaridad entre el pueblo, entre los jodidos.

Las activistas andábamos de un lado para otro, semanas enteras de no lavar, ni hacer nada de la casa. Casi siempre los hijos mayores eran los que ayudaban; en algunos casos, muy pocos, los maridos.

Fue una lucha inquilinaria muy importante; a cada vecindad que tomábamos se les pedía a los compañeros le pusieran un nombre y se les daban opciones de héroes, pero que fueran héroes del pueblo. Cerca de Porte Fino se tomó una, por Pío x, y le pusieron Che Guevara, a otra Raúl Ramos Zavala, el guerrillero. Así hicimos el Sector de

Inquilinos dentro del Frente Popular de Tierra y Libertad; llegamos a ser 25 vecindades.

Una de la que más me acuerdo fue la toma del Hotel Roosevelt, que ya no era hotel, se rentaban los cuartos por semanas o meses, a familias. El lugar estaba bonito porque había sido hotel de lujo, con grandes palmeras, piscina y jardines, y aunque todo eso estaba descuidado, seguía siendo un lugar agradable. Otra de las que me acuerdo fue la vecindad del primer cuadro que estaba entre las calles de Matamoros y Emilio Carranza y que era una casa antigua. La encargada de ahí era una mujer odiosa; encerraba a las familias con llave hasta que llegara el jefe, el padre o el que fuera a pagar la renta, prácticamente secuestraba a la gente. Además les quitaba todo: radio, estufa, sillones, cualquier cosa que la gente tuviera, hasta que le pagaran. Todo mundo la odiaba. Además rentaba los cuartos a 250 pesos por mes y eran bien chiquitos. También les rentaba a unos estudiantes, y a ésos un día les quitó todo, incluso la ropa y los lanzó a la calle en calzoncillos y calcetines, y es que se aprovechó del momento en que fueron al baño, que estaba al fondo del patio y ya no los dejó entrar al cuarto, lo cerró con llave. Adentro, además de su ropa, estaban sus libros de la escuela. La gente se enojó muchísimo y fueron a buscarnos, llegamos y primero la rodeamos, y luego nos metimos en los pasillos, en el patio y la escalera. La encargada, al ver que éramos muchos se encerró, y no quería salir, así que ahí nos quedamos.

Alguien dijo dónde estaba el dueño, que era un señor José Luis Campos y que vivía al lado de la Casa Holk. Mandamos una comisión a buscarlo y las demás nos quedamos a esperar, platicando con la gente de toda la

vecindad. En esos ratos les explicábamos sobre sus derechos, sobre nuestra organización y lucha. Como a las dos o tres horas llegó un enviado del dueño, un ingeniero que venía a "arreglar" el asunto. Todos los vecinos estaban ahí y le explicaron lo que hacía la encargada. Mandó llamar a la señora Marisol, ése era su nombre, que estaba encerrada en su cuarto y no quería venir. La compañera Engracia dijo: "Yo me encargo", y armada de un palo fue y le gritó que saliera, que no le iba a hacer nada, pero que todos querían hablar con ella y que estaba un ingeniero en representación del dueño, que saliera, porque si no lo hacía, le tumbaba la puerta con su garrote.

Desde luego que tuvo que salir. El ingeniero hizo que hablara toda la gente y expusiera sus quejas, y al final le dijo: "Consigue un camión y vete, pero sólo te llevas lo que es tuyo y no lo que quitaste". Esa base se puso el nombre de Miguel Hidalgo.

Eso era lo que hacíamos, y como había tantas vecindades y tantas injusticias, el trabajo no se terminaba. Además teníamos que asistir a las juntas del frente donde se informaba de todo lo que sucedía en las colonias y predios. En todas las actividades muchas de las compañeras llevábamos a uno, dos o tres hijos; muy pocas eran las que tenían siempre con quién dejarlos, pero también a veces lo que hacíamos era turnarnos para cuidarlos y no traer a los niños por todos lados.

En cada base se hacía su Órgano de Poder, para poder resolver los pequeños problemas, los mayores había que discutirlos en el frente. También organizamos las ligas femeniles, los camioneros, los volantes y todo lo que se necesitara. En las asambleas se vendían lonches, tacos,

lo que se podía para sacar dinero. Muchas veces, cuando casi no había dinero, los lonches eran un pan con chile en vinagre, y a algunos compañeros que no tenían trabajo se los regalábamos porque sabíamos que no iban a comer ese día; lo sabíamos porque a veces las que no teníamos que comer éramos nosotras mismas.

Creció mucho la organización. Llegamos a tener setenta colonias; nada más que en eso se vino la lucha interna, por diferencias en cómo hacer las cosas.

Martínez Domínguez, al venirse de gobernador, dividió a la gente. Hubo muchas amenazas, persecuciones, hechos de sangre, como las balaceras entre compañeros. Yo digo que eso fue premeditado; nos infiltraron y no pudimos darnos cuenta, ni cómo ni cuándo, y también mucha gente se asustó, a muchos les dio miedo seguir y mejor se retiraron.

La verdad es que dividieron a los dirigentes, hicieron que entre ellos se pelearan y algunos trataron de ganarse gente y llevársela con ellos. Sin embargo, la mayoría no queríamos separarnos, no queríamos la división, pero no se pudo evitar que algunos se fueran.

Muchas no entendíamos cómo, de la noche a la mañana, a unos que eran de los nuestros y que tenían años luchando hombro con hombro con nosotras, de pronto, entre ellos mismos, se comenzaron a llamar traidores. No lo entendíamos y eso hizo que mucha gente se retirara.

Yo, por ejemplo, lo que aprendí para luchar por mis derechos y los del pueblo, se lo aprendí a Camero y a Stainles, que fueron con los que tuve que trabajar durante mucho tiempo, años. También creo que a algunos les dio miedo, porque la organización creció muchísimo, y éramos como un poder dentro del Estado, de eso se hablaba mucho.

Pensaba en aquel tiempo, y sigo pensando, que la división a todos nos hizo daño.

Creo que eran las diferencias del pueblo y no las supieron manejar. Nosotros, la mayoría, no teníamos la preparación necesaria y no entendíamos muchas cosas. Además, algunos las diferencias las hicieron de tipo personal, y hubo algunos que hasta se quisieron matar entre sí. A mí me trataron de convencer hasta con amores, pero yo los mandé a volar; algunos recurrieron a cosas muy bajas. La lucha era limpia y si desde el principio nos decían: "Al rico, que robó, hay que quitarle para darle al pobre", por qué de pronto decían que había que pagarles, esa fue una de las causas de las divisiones.

Con los inquilinos se luchaba para que ya no hubiera tanto abuso, y yo siempre pensé que se trataba de conseguirle, más adelante, un pedazo de tierra a cada familia, para que pudiera hacer su casita. Esa era la idea; sin embargo, en algunas vecindades, algunos de los inquilinos se comenzaron a arreglar con los dueños y eso dividió al movimiento y le quitó fuerza.

Los casatenientes seguramente se reunieron y comenzaron a ofrecer indemnización a los que se salieran y mucha gente se fue con la finta y, claro, el dinero; además de que era bien poco, se les iba como el agua, en unos cuantos meses se quedaron sin nada. A mí eso no me pareció, sin embargo alguna gente fue lo que quiso hacer.

Hasta 1985 estuvimos luchando los inquilinos. Nuestra idea era comprar, con ayuda del gobierno, un gran terreno y hacer una colonia para todos nosotros. Se presentó un proyecto y nos lo aprobaron de palabra, pero nos trajeron dando vueltas y vueltas tanto tiempo, que la gente se cansó. Nos fueron debilitando al ir resolviendo en forma personal

los dueños de las casas con sus inquilinos; al último ya éramos muy pocos los que nos manteníamos firmes.

Yo me decidí a venirme a vivir a Tierra cuando la gente se dispersó, pero como acá no había lugares tuve que meterme a la Organización de Solicitantes de Terrenos y ahí de nuevo nos traían a vueltas y vueltas y no nos daban nada. Primero estaba en una lista en la que nos iban a dar en las Malvinas, con CORET. Llevaba muchos meses esa petición, y lo que pasó fue que uno de los líderes que andaban en eso se desesperó y lo invadió. Lo encarcelaron, y ése fue el pretexto para darle esos terrenos a peticionarios de la CTM. En esa lucha se me fue como un año de vida.

Entonces nos unimos otros tres grupos para hacer una petición nueva, juntamos setenta familias y llevamos la propuesta. Nos dijeron que sí después de varias semanas de vueltas, luego dijeron que lo único que faltaba era que el ingeniero fuera a medir los terrenos. Más pasó un mes sin que acudiera, así que un día nos fuimos a esperarlo en el lugar asignado. No llegó. Algunos de nuestros líderes propusieron irlo a buscar al día siguiente; estuvimos de acuerdo, pero nosotras fuimos al terreno y les dijimos que allá los esperábamos. Estuvimos todo el día bajo un solazo muy fuerte, no había ni un árbol que diera sombra, sin embargo ahí nos aguantamos. En la tarde y al ver que se acababa el día y no llegaba, decidimos hacer una junta todos los reunidos ahí; Gloria, Soledad y yo éramos de las que los movilizábamos. Estábamos hartos de que nos trajeran a vuelta y vuelta. El terreno ya estaba autorizado para fraccionarse, así que decidimos ya no irnos. Pensamos que era el único modo de presionar para que fueran a repartirnos nuestros pedazos. Todos teníamos meses o años solicitando

terreno, así que ya estábamos hartos de tanta indiferencia hacia nuestra gran necesidad de un lugar para vivir. Cuando llegaron nuestros líderes les comunicamos nuestro acuerdo, y aunque a algunos no les pareció era acuerdo de la mayoría, y lo tuvieron que aceptar y ya no nos movimos. El ingeniero todavía se tardó muchos días en ir. Así nació Unidad del Pueblo.

En 1994 se invadió El Ojito, ahora se llama colonia Salvador Allende. La organización me pidió que les viniera a ayudar a organizarse y hacer las cosas en forma colectiva. Estamos en un proyecto de la Misión del Topo Chico y SEDESOL, para hacer cincuenta casas para gentes de escasos recursos, con materiales y técnicas nuevas, que abaratarán la construcción; todo esto en un relleno sanitario. La gente está muy animada y trabajando con muchas ganas.

Llevo 25 años de mi vida luchando por el pueblo, por los jodidos, y me gusta hacerlo. Los humildes hablamos el mismo lenguaje, porque todos sufrimos los mismos atropellos, las mismas humillaciones; yo las viví y por eso no quiero que otras mujeres y hombres las vivan.

¡Ésa es mi lucha!

# MAXIMINA

Nací en 1918, en un ranchito llamado Tomates, del municipio de Ahualulco, en San Luis Potosí. Ahí no había escuela en aquel tiempo, son ranchitos olvidados de Dios. Mi papá era campesino, tuve dos hermanos y un medio hermano.

Me casé con un campesino; yo tenía quince años y él diecisiete. Lo hicimos por la iglesia y por lo civil. Tuve diez hijos, todos nacieron en casa, nunca me puse mala, porque en el rancho "somos muy machos".

Todos nos dedicábamos a sembrar, mi papá, mis hermanos, mi esposo y yo; pero como no llovía, todo se fue acabando y ya casi nadie cosechaba.

Por la necesidad, los hombres fueron emigrando; la mayoría a los Estados Unidos. Mi papá y otros viejos no lo hicieron, pero por viejos, porque si no, sí se hubieran ido. Así pasó con mi esposo, se fue también; primero me mandaba dinero o venía y traía algo, pero la vida estaba muy dura y sus viajes se fueron distanciando hasta que un día ya no vino, ni escribió, ni nada.

Yo seguía sembrando en las labores, de ahí sacaba para medio comer, pero cada vez era más grande la sequía. Así estuve varios años, aguantando, esperando y malpasándonos con los niños. ¡Puras escaseces! Hasta que un día me desesperé y yo también emigré.

Me fui de mojada, pero con mis ocho niños; el más pequeño era de brazos y el mayor tenía diez años. Lo bueno era que iba con amigas y amigos del pueblo, nos fuimos

todos en bola. ¡Qué cosas hace uno de joven! Eso sí, todos nos ayudábamos unos a otros.

El primer trabajo fue pasar el río, que por buena suerte traía poca agua; pero lo tuve que hacer tres veces, por los niños, y eso que otros me ayudaron, cargándolos. Luego siguió la caminada, que duró toda la noche: no debíamos hacer ruido y eso era muy difícil con los niños, además no se veía nada, teníamos que ir tanteando y en grupos, así lo hicimos hasta llegar a La Feria, Texas.

Cuando llegamos estábamos muertos de cansancio y con mucha sed, la gente nos recibía en sus casas y nos daban agua y café, luego ahí mismo rentamos unos cuartitos y ya pudimos dormir y descansar, algunos ya tenían conocidos y eso ayudaba mucho porque te recomendaban.

Yo, tan luego me instalé en un cuarto y después de dormir un poco con mis niños, me fui a la pizca. Los niños se los encargué a la señora que nos rentaba. A ellos mismos les expliqué que era como en el rancho, sólo que estábamos muy lejos y que yo tenía que ir a trabajar y ellos debían quedarse ahí y no irse a ningún lado. El más grande era el encargado y lo debían obedecer.

Yo sentía que tenía que trabajar muy duro porque era la que llevaba más niños y nada de dinero; eso lo tenía muy presente. Los niños, yo creo que de algún modo me entendieron, porque se portaban bien, no eran necios.

Un día andaba trabajando, llegó la migra y nos pescó a un montón. Nos subieron a unos camiones y nos mandaron, sin darnos chance de nada, a Reynosa. Íbamos todos encabronados, angustiados los que teníamos niños, pero no decíamos nada, porque si hablábamos hubieran ido por los demás y nos hubieran botado a todos. Así que, en silencio,

sólo mirándonos los unos a los otros y pensando quién sabe qué cosas, nos aguantamos como dos o tres horas que duró el viaje.

Cuando ya nos botaron para este lado, todos, todavía medio en bola, tronamos y los maldijimos. Fue lo primero que hicimos. Luego inmediatamente comenzamos a planear cómo regresar. Algunos nos metimos en un hotel, a mí me tocó en un cuarto con una señora y un señor, nos dimos un baño y luego todo el día nos la pasamos caminando, por las calles, a la orilla del río.

A la media noche de nuevo nos fuimos a cruzarlo, para eso esperamos que nos dieran las señales o llegara un guía. Lo bueno es que de nuevo no traía mucha agua y además, como nadie traía itacates, ni nada, así que nos fue más fácil. Al llegar al otro lado me di cuenta de que había muchas troqueras escondidas en los matorrales, esperando gente para llevarlas a trabajar a los ranchos. Sin preguntar nada me trepé en una y cuando se llenó, que fue en un ratito, se arrancó y nos llevaron directo a los campos. Cuando llegamos estaba amaneciendo y nos pusieron a jalar luego luego, y fue hasta la noche que pude regresar con mis hijos, y eso después de una larga caminata, porque el campo al que me llevaron estaba más lejos de las casitas.

Esa primera vez que me fui a Estados Unidos duré como ocho meses o nueve trabajando; luego me regresé, porque corríamos muchos riesgos. Seguido la migra hacía redadas, a mí ya no me tocó, pero la amenaza estaba siempre encima de uno. Los trabajos eran muy pesados, jornadas de ocho, nueve y hasta diez horas, con sólo treinta minutos para lonchar. Además, cada vez eran más lejos los campos de

donde estábamos viviendo y así el regreso, en la noche, se me hacía cada vez más pesado.

Llegaba cansadísima, sólo a medio comer algo y dormir. A los niños casi ni los veía, los oía, eso sí; porque me encerraba en mi cuarto con todos ahí encima, jugando o durmiendo; ese era el tiempo en que estaba con ellos y quería sentirlos. Luego, al día siguiente, a las cinco me levantaba a bañarme y medio lavar algunas garritas para que ellos se cambiaran; casi siempre me iba y ellos se quedaban dormidos. La señora que me rentaba el cuarto me ayudaba mucho, pero llegó un momento en que yo ya estaba tan cansada, al grado que ya no quería trabajar, así que lo pensé y me regresé al rancho.

En el otro lado corre uno muchos riesgos y aventuras. Una cosa que pasaba muy seguido era que tuviéramos siempre mucha sed, al extremo de que la gente se llegaba a desmayar, y es que trabajábamos con el sol encima todo el día y el agua para tomar se nos acababa. Si no te cuidabas, te podías deshidratar, pero eso lo aprendí después. En aquellos primeros años la gente decía "se desmayó", pero no era sólo eso, porque algunos llegaron a ponerse graves y desde luego que no querían nada, porque éramos mojados y de seguro te botaban de regreso. La gente se exponía a mucho, a los granjeros no les importábamos como personas, sólo entre nosotros nos ayudábamos, pero era poco lo que podíamos hacer, ya que ignorábamos muchas cosas.

Al otro lado hay mucha gente buena, algunos nos recibían, en la noche o a la hora que llegaras, solo o con hijos y nos daban de cenar o comer, lo que tuvieran; si tenías, les pagabas; si no, no; ellos no cobraban, nunca preguntaban sobre papeles. Si ibas de aquí para allá querían saber noticias de sus pueblos o gentes; si no querías hablar,

no te hacían preguntas. Gente muy buena que vive cerca del río. De ese tiempo, aunque fue muy duro, sólo guardo los buenos recuerdos: ¡Es bonito navegar!

Luego de andar de aquí para allá, varias veces regresé al rancho, ahí tenía a mi papá y quería estar con él. Pero no duraba mucho en la vieja casa, porque la vida estaba muy difícil, y aunque seguíamos sembrando las tierras, no nos alcanzaba para nada. Las cosechas no rendían o se perdían de plano por las sequías. Así que me volví a ir a la pizca, pero ahora fue a Reynosa y Matamoros. De nuevo en grupo, y es que de algún modo nos llegaban las noticias al pueblo de los lugares en que necesitaban gente para levantar las cosechas lo platicábamos y en montón emprendíamos el viaje.

Llegábamos al lugar, nos acomodábamos todos juntos o cerca y a jalar. En algunas ocasiones no había chamba para todos, y entonces yo me quedaba y les daba asistencia a los demás, o sea, hacía la comida y les lavaba a todos y ellos me pagaban por eso. Así fuimos a dar hasta el Mante, de pizca en pizca.

Yo siempre cargaba con mis hijos, me gustaba que estuvieran conmigo. Sin embargo, cuando crecieron los mayorcitos tuve que decidir que hicieran la escuela y para eso los dejé en el rancho. A los más chicos me los seguía llevando, y como en el monte, en la pizca, no había escuelas, pues no los mandaba.

Anduve muchos años en la labor. El trabajo era muy pesado, pero a mí eso no me asustaba. También fui a Guanajuato, Cortázar, allí había mucha pizca, sobre todo de tomate y chile, pero de ese lugar me quedó un triste recuerdo, porque ahí se me murió una niña.

Yo quería vivir en el rancho, en mi pueblo, de donde eran mis tatas; por eso volvía. Pero cada vez que regresaba me daba cuenta de que ya no había vida ahí; cada día estaban más pobres, más tristes y más solos.

En eso se me murió mi papá y decidí venirme a Monterrey. Ya había visto la ciudad, aunque sólo de paso; pero me di cuenta de que era muy grande y siempre ha tenido el lujo, la fama, de que hay trabajo y de que es industrial. Así que decidí venirme. Para ese entonces me habían nacido otros dos hijos, o sea que parí diez veces. Me vine en el ferrocarril, a la buena de Dios, así llegué a esta ciudad, con una maletita, una cobija y mis nueve hijos.

Al principio me alojé en un hotel cerca de la estación y me fui a buscar trabajo a las casas, no había de otra. Me daba pena pedir trabajo a las señoras, me sudaban las manos, no sabía ni qué decir, pero gracias a Dios lo conseguí. Al entrar a la casa sentí rete raro, yo nunca había trabajado en una casa, yo sólo sabía de pizcar y sembrar, pero me dije: "Aquí no hay más que esto, así que ni modo y que Dios te ayude".

Lo bueno fue que lo que me pusieron a hacer fue a lavar y planchar ropa, y eso sí lo sabía hacer y bien. Pronto se me pasó la apuración al darme cuenta de que había muchas señoras en la ciudad que necesitaban esa ayuda.

Nada más junté unos centavos, me dediqué a conseguir una casita de renta y fue en la colonia Hidalgo donde la hallé. Luego busqué una escuela cercana para mandar a los más chicos. Mi hijo el mayor se había ido a Torreón y allá trabajaba. Mi hija, la segunda, se me casó al poco tiempo, ahí mismo en la Hidalgo, y se vino a vivir a la colonia Rafael Buelna.

Por esos tiempos, en la misma colonia, conseguí trabajo en una tortillería. Como era muy jaladora y responsable me pusieron de encargada. Era mucha friega, y aunque me pagaban poco, acepté y así pude meter a dos de mis hijas a jalar aunque estaban muy chicas. Duramos un buen tiempo en ese lugar. En la casa todos trabajábamos, incluso uno de mis hijos ya era obrero. Sin embargo, el dinero no nos alcanzaba porque los salarios eran muy bajos y, además, éramos muchos. Siempre teníamos atraso en la renta y más porque el casero le subía cada rato.

Uno de los muchachos, el que era obrero, visitaba mucho a su hermana casada, y un día que estaba ahí se enteró de la invasión y vino, se apuntó y tomó un terreno. En la tarde fue y me dijo: "Mamá, ya tengo un terreno, véngase conmigo", y yo le contesté: "Yo para qué quiero un terreno", o sea que no le hice caso. Al día siguiente mi hija me mandó decir: ''Mamá, véngase, tráigase una cobija nada más", lo que pasaba era que yo no sabía de qué se trataba.

Como quiera le hice caso y me vine con la famosa cobija. Cuando me explicaron aquí lo de la invasión y todo eso, pues me quedé, pero creía que eso no iba a ser posible. Me quedé más que nada porque mi hijo estaba entusiasmado y él me pidió que le cuidara su lugar. Él trabajaba en IMSA y se tenía que ir a jalar de día, y sólo hasta la tarde podía venir. De noche hacía rondines, pero sólo un rato, porque en la madrugada se iba a dormir, para poder ir luego a trabajar en la fábrica.

Yo entonces me venía todo el día y andaba en las comisiones y lo que se necesitara. A las once de la noche me iba a la colonia Hidalgo para lavar, hacer comida del día siguiente para todos, ya que las muchachas trabajaban

todo el día y echarle el lonche a mi hijo, que se iba a las cinco, porque la fábrica estaba lejos. Al poco tiempo, como pudimos hicimos un tejabán con láminas viejas, tablas y cobijas, y ahí nos metimos a vivir todos.

Al venirnos, yo me incorporé todo el tiempo a las actividades de la colonia. Cuando en las juntas oía a nuestros líderes que hablaban de que el pueblo tiene el derecho de un lugar para vivir, a un trabajo para comer y a que se nos trate con dignidad, como gentes y no como animales, yo me acordaba de todas las penas por las que había pasado con mis niños. Años de andar yendo de un lugar para otro, sólo para ganar una miseria y tener qué comer. Me acordaba de las humillaciones que había pasado con los de la migra y con muchos más, que se quisieron aprovechar de mí porque estaba joven; entonces comencé a entender para qué era nuestra lucha y decidí dedicarle todo mi tiempo.

Hasta los cinco años de estar aquí le pude meter láminas nuevas y materiales a mi cuartito. Ahora mi hijo tiene aparte el suyo.

Toda mi vida he trabajado; al meterme aquí a la colonia, agarré de ayudarle a una señora a vender Avon. Resulté buena vendedora, me hicieron representante y así duré once años trabajando para esa empresa. Ahora ya llevo catorce de pensionada.

Ya no vendo porque tengo osteoporosis y me duele una pierna; tengo ochenta años y ya soy bisabuela, pero sigo ayudando, aunque sea poquito, en lo que se pueda a mi organización.

Fui de todos los puestos de responsabilidad, primero fui encargada de bandera, debía vigilar y checar que la gente

estuviera viviendo aquí y que participara en las comisiones, eso era muy importante.

Al comenzar a luchar me di cuenta de que yo tenía muchas ventajas con las demás compañeras, porque como yo era "libre y soberana" no le tenía que pedir permiso a nadie para nada. Me sentía orgullosa de ello y me apuntaba en todas las comisiones, porque además me gustaba. Así acompañé a nuestros dirigentes a muchas gestiones, incluso cuando había que ir a otras ciudades. Para mí Tierra y Libertad significó y significa tener grandes mejoras, la más importante es que la traten a una con dignidad, con respeto y que, aunque seas pobre, no te hagan menos. Nosotras aprendimos eso en Tierra: hacernos oír, que nos vieran que ahí estábamos.

Han pasado muchos años, estoy contenta de la vida, tengo un hijo en Guadalajara, otro en Estados Unidos, no sé dónde desde hace seis años, pero sé que está en algún lugar. Mis hijas Bertha y Consuelo también lucharon, fueron activistas, sobre todo Bertha. Los otros cuatro también están aquí trabajando, y lo más bonito es que los nietos, todos, están estudiando y su vida va a ser mejor que la nuestra.

# LUPITA

En la década de los sesenta el mundo se encontraba convulsionado por contradicciones, en las que los jóvenes éramos actores fundamentales.

En 1965, cuando tenía quince años de edad, fui persuadida por mi hermana María Delia a participar en la Juventud Comunista, que era el organismo sectorial de los jóvenes y de los estudiantes.

El Partido Comunista Mexicano mantenía una posición ciega, acrítica y dogmática hacia la Unión Soviética, y el PCUS determinaba unilateralmente y de manera vertical las líneas de trabajo y estrategias de los comunistas mexicanos.

La Juventud Comunista surge en los años sesenta, rompiendo en la práctica misma las ataduras y limitantes de una estructura que se había burocratizado y desviado de sus objetivos originales.

El campo donde se empezaron a dar mis primeras experiencias políticas no fue el interior de un aparato partidario anquilosado, sino enmedio del calor de las luchas estudiantiles, pues en esos años el movimiento estudiantil era fuerte y vigoroso en escuelas y universidades, y la Juventud Comunista tenía una amplia influencia y participación.

Fue el movimiento estudiantil de los años sesenta donde miles de jóvenes forjamos conciencia de clase, sellamos nuestro compromiso con las luchas del pueblo y desde la trinchera del aula iniciamos una larga marcha por la democracia y la libertad, con la firme convicción de

transformar radicalmente el injusto mundo que los adultos nos heredaban.

Conviví con algunos de los jóvenes dirigentes de la Juventud Comunista, quienes después decidieron transitar por el difícil camino de la lucha armada. Me forjé como activista en las escuelas de formación ideológica Primero de Mayo, en las brigadas de volanteo en la Normal, en la Uni o en las fábricas; en las pintas clandestinas, en los Sábados Rojos de organización y estudio; en las marchas y mítines y en todas las convivencias de trabajo solidario revolucionario.

Hondo respeto, reconocimiento y todo mi amor por mis camaradas, sobre todo por los que murieron por su consecuencia, valentía y lealtad a los principios revolucionarios: Esthela y Raúl Ramos Zavala; Ángel, el Gordo, Raúl Morales, y todos aquéllos que me enseñaron a luchar a favor del pueblo y por las causas justas. Su esfuerzo y ejemplo no fue en vano, pues la semilla que sembraron sigue germinando.

Una buena parte del contenido de las luchas estudiantiles se manifestaba en las tareas de solidaridad con la heroica resistencia del pueblo de Vietnam, que enfrentaba la brutal agresión militar del imperialismo yanqui.

El hermano pueblo de Cuba, con su revolución triunfante, ejerció una importante influencia con su ejemplo; las figuras de Fidel y del Che estaban presentes en todo sitio, en murales, en carteles, en la música y eran una parte viva del ambiente estudiantil de entonces.

Para los jóvenes en esa etapa era imprescindible la lectura de los clásicos socialistas; de Carlos Marx, de Engels, de Lenin y de Mao, cuyos planteamientos y argumentaciones

le dieron consistencia, marco teórico y método a nuestras aspiraciones por construir un mundo mejor.

La visita a la librería de Leoncio (Librería Monterrey) era obligada. Ahí estaba la fuente de cultura y de sabiduría más amplia de esta época.

En 1968 el gobierno reprimió el movimiento estudiantil con gran saña y violencia. El 2 de octubre en Tlatelolco el Ejército mexicano masacró a cientos de estudiantes concentrados en la Plaza de las Tres Culturas. Posteriormente, el Estado mexicano procede a la desarticulación del movimiento estudiantil, continuando la escalada represiva con persecución, secuestros y cárcel contra dirigentes y activistas estudiantiles.

Por eso, la matanza de Tlatelolco marcó el destino de nuestro país. Miles de jóvenes sellamos con luto en nuestro corazón un compromiso por los caídos, al continuar adelante con su causa, con sus banderas y sus ideales revolucionarios.

El 68 fue el parteaguas en que se diversifica la línea a seguir, que desde nuestro punto de vista se abrió en tres caminos distintos: la guerrilla, la construcción de organizaciones sociales autónomas de masas, y los que se integran al gobierno y al sistema.

Después del 68 surge el movimiento guerrillero integrado por valerosos jóvenes estudiantes y profesionistas, la mayoría de brillante trayectoria académica, muchos de ellos grandes camaradas míos, a quienes siempre guardo y guardaré un profundo respeto y reconocimiento, principalmente por los que entregaron su vida o fueron desaparecidos.

En esa misma época del 68 nace Política Popular, organización partidaria de pura extracción estudiantil. En el movimiento universitario, Política Popular se distinguía por

sus planteamientos y acciones diferentes a los de la izquierda tradicional.

Política Popular reconocía que no existía una vanguardia política del proletariado mexicano. De ahí la necesidad de formar una organización dirigente, un partido que fuera representativo de los intereses auténticos del pueblo, como producto de sus luchas concretas.

También en Política Popular se destacó como un factor indispensable de militancia, el principio de "integración al pueblo", vivir, trabajar y luchar inmersos en él.

La formación de organizaciones autónomas de masas, como sólidas bases de apoyo para el movimiento revolucionario, fue otro principio organizativo fundamental, donde a partir de éstas se iría construyendo el nuevo poder popular, soporte necesario para realizar la transformación revolucionaria de México.

Los militantes de Política Popular nos integramos al estudio de la teoría revolucionaria, y a la luz de Marx, de Gramsci, de Bettelheim, de Lenin y del pensamiento maoísta, se maduró una nueva mística para la participación política desde la izquierda.

Política Popular se extiende por distintos puntos del país a finales de los sesenta y principios de los setenta; Durango, Zacatecas, Chiapas, Veracruz, Nayarit, Coahuila y Nuevo León, entre otras entidades, iniciaron la formación de organizaciones autónomas de masas, a partir del movimiento urbano-popular y campesino.

A pesar de la persistente escalada represiva del Estado mexicano, el movimiento estudiantil logra entrar en una fase de recuperación y crecimiento a principio de la década de los setenta.

En esos años, en el Distrito Federal, un sector de ultraderecha del Estado mexicano encabezado por Alfonso Martínez Domínguez, durante la administración de Echeverría, promovió la formación de un grupo paramilitar de corte fascista llamado Los Halcones, cuya tarea era la de reprimir, al margen de toda legalidad, cualquier manifestación de disidencia.

El 10 de junio de 1971 reiteró la postura irreductiblemente antidemocrática del Estado mexicano. Nuevamente la mano criminal del aparato represivo llenó una página sangrienta más en la historia de México: cientos de jóvenes fueron sacrificados por demandar democracia y libertad.

En Nuevo león, el eco del movimiento del 68 lleva a los estudiantes a demandar la transformación hacia condiciones de mayor democracia y participación en la educación normalista y universitaria, sosteniéndose con potencia el movimiento estudiantil desde 1965 hasta 1971, cuando empieza a caer en la fase de reflujo.

Un gran número de activistas estudiantiles buscan alternativas para darle continuidad al movimiento, inicia el procesamiento de las experiencias, el análisis y la búsqueda de qué hacer, cómo luchar, a dónde ir.

En este marco político, con un gobierno antipopular y represivo en la Universidad de Nuevo León, nace el germen de lo que hoy es el movimiento urbano-popular más importante del norte de la república: el Frente Popular Tierra y Libertad.

Alberto Anaya inicia la conformación de un grupo de estudiantes que tenían la mira puesta en la organización del movimiento urbano-popular. Cientos de estudiantes nos asimilamos a esta nueva propuesta política, realizando

diversas actividades entre las que se incluían los círculos de estudio de la teoría revolucionaria, la integración paulatina al sector popular a través de actividades políticas, educativas y de salud.

El inicio de mi participación en el movimiento de Tierra y Libertad se da a partir de la invitación que Beto Anaya, el profe, me hizo en 1972.

Por él conocimos la colonia Mártires de San Cosme, que fue la primera organización del movimiento urbano-popular en Monterrey, fundada en 1971 por Agustín Acosta, Luis Antonio Noyola y Pancho Herrera, Ricardo Cantú Garza, Armando Zurita Viera, Ezequiel Reynoso, José Santos Ochoa y otros activistas.

Es ahí donde fundamos la primera escuela primaria, sostenida por un grupo de maestros que laboramos voluntariamente. En esta época cursaba la Normal Superior y me desempeñaba como maestra en una primaria cercana a mi casa en la colonia Roma.

El traslado diario hacia el Topo Chico, para cumplir con la tarea educativa, significaba salir a las cinco de la mañana, llegar al puente del Topo Chico y en el acostumbrado "raid" de los solidarios operadores de los camiones recolectores de la basura me dejaban cerca de la escuela Raúl Ramos Zavala, de la colonia Mártires de San Cosme.

Al mismo tiempo, colaborábamos en el trabajo organizativo en la Liga Femenil de la colonia Genaro Vázquez Rojas, quien tenía como responsable a Juanita Guerrero.

Durante un tiempo en la colonia Mártires de San Cosme me hospedé con una señora de grandes cualidades, a quien

estimo mucho: doña Cholita, hoy una dulce y ejemplar ancianita a la que le estaré eternamente agradecida.

Poco a poco el compromiso de integración se fue dando, adquirimos los principios fundamentales de la línea de masas: Servir al Pueblo, "de las masas a las masas", ser alumno antes de ser maestro de las masas, el pueblo es la fuerza motriz que hace la historia, los reaccionarios son tigres de papel, practicar la crítica y autocrítica, estas frases condensan el planteamiento más avanzado para la construcción del socialismo en la actualidad y fueron las que nos motivaron y nos arraigaron en el entonces incipiente movimiento urbano-popular.

La lucha por un pedazo de tierra dónde vivir representaba una demanda muy sentida de grandes sectores populares. La emigración del campo a la ciudad y la ausencia de programas gubernamentales de vivienda social provocaron que nuestro movimiento fuera explosivo e incontenible.

Previo a la invasión de la colonia Tierra y Libertad, ya se habían fundado tres colonias de lucha: Mártires de San Cosme, Genaro Vázquez Rojas y Mártires de Tlatelolco; la presencia en ellas de estudiantes era común.

La invasión de Tierra y Libertad se empieza a gestar con un grupo de peticionarios. El primer intento se frustra por la presencia de la policía. Algunos meses después, se organiza la invasión de nueva cuenta.

Un día 27 de marzo de 1973, por la noche, en la escuela Raúl Ramos Zavala, la compañera Judith Reyes, hoy finada, ofrece un recital de canto revolucionario. En un ambiente de fiesta popular se preparaban los invasores que horas después, ya por la madrugada, colocarían las primeras tablas, láminas, hules y trapos, formando carpas provisionales y marcando

de manera definitiva el nuevo territorio habitacional de la colonia Tierra y Libertad. Nacía un movimiento autónomo, dirigido por estudiantes y profesionistas, cuyo proyecto político no sólo era la conquista de un pedazo de tierra dónde vivir, sino la transformación radical de la sociedad, la instauración de un gobierno democrático, más justo e igualitario, que represente los intereses de los pobres y de los trabajadores.

La mañana del 28 de marzo, el Topo Chico amaneció rojo. Se inicia la formación de una organización permanente y autónoma, con conciencia de clase y con proyecto político: Tierra y Libertad.

Este dinámico panorama desplaza muy rápidamente mi vida habitual. Terminé mi carrera como maestra de educación media en la Normal Superior en 1973. Dejé casa y amigos y me integré de manera definitiva al grupo dirigente de Tierra y Libertad.

Desde su inicio, el movimiento atravesó por periodos muy difíciles. La represión estaba a la orden del día, las órdenes de aprehensión pendían sobre la cabeza de muchos de los cuadros dirigentes. Las condiciones de pobreza en las que vivíamos eran extremas. Muchos, por defender su lote, perdieron su empleo. La falta de servicios era causa de enfermedad y muerte de niños, adultos y ancianos. Desde entonces la atención médica y la educación fueron nuestras demandas prioritarias.

Ante la negativa de las autoridades de satisfacer las más elementales necesidades de orden social, la autogestión fue la salida para solucionar los problemas. Iniciamos la introducción de servicios más elementales como el agua y la luz. Empezamos la autoconstrucción de las primeras

escuelas que fueron la Emiliano Zapata, en la colonia Tierra y Libertad; la Juan Sarabia, en la colonia Genaro Vázquez Rojas; la escuela Librado Rivera, en la colonia Revolución Proletaria; y la Francisco Villa, en la colonia Pancho Villa.

Paralelamente, construimos los primeros dispensarios médicos donde participaron estudiantes de la Facultad de Medicina, de la Escuela Anexa de Medicina y médicos, proporcionando el servicio de salud gratuitamente.

Para la edificación de éstos nos convertimos en arquitectos, ingenieros y albañiles. Los materiales para la construcción los aportamos colectivamente. Cada quien puso su grano de arena.

Las mujeres también tomamos las palas y los picos, dijimos que había igualdad para todos; para analizar los problemas, para tomar las decisiones, y para realizar los trabajos colectivos. La cultura machista no desaparecía del todo, en lo colectivo se presentaba atenuada, pero en la casa de las compañeras era muy manifiesta. Aun así, las mujeres cumplían con la casa, con la colonia y con la organización.

Con frecuencia las compañeras se inquietaban cuando la junta de la Liga Femenil se prolongaba hasta las seis de la tarde, ya que la cena debía estar preparada a esas horas, para el marido que llegaba del trabajo.

Fuimos las mujeres las que tuvimos mayor presencia para sostener el movimiento, pues el estar siempre en la colonia nos permitía salir al frente en todas las tareas y la defensa de nuestra colonia.

La intención de continuar mi formación profesional no fue posible en esta etapa. Es hasta años después que pude ingresar a la Universidad, a estudiar primero la carrera de Comunicación en 1979 y, posteriormente, Derecho,

cursando hasta el quinto semestre en esta última, debiendo de abandonar la carrera obligada por la persecución desatada en contra nuestra por el gobierno de Alfonso Martínez Domínguez, que incluso orilló a una parte de la dirección política del movimiento a pasar a la clandestinidad.

Mi relación de pareja no fue común, ya que el trabajo político y laboral restaba mucho tiempo para la convivencia personal. Lo mismo pasaba a las demás parejas que compartimos esta experiencia. Por tres años nadie contaba con casa, dormíamos hacinados en el suelo, en el dispensario de San Cosme y a veces en la escuela Raúl Ramos Zavala de la colonia Mártires de San Cosme.

Antes de que en Tierra y Libertad me entregaran mi lote, varias compañeras me hospedaron: Maruca, del Sector Centro, quien desde entonces y hasta ahora se ha mantenido siempre en la vanguardia de todas las luchas; Lourdes, del Sector Norte Uno, significó otro gran apoyo generoso y desinteresado, desde entonces militante leal y firme; convertida hoy en destacada cuadro dirigente.

Tres años después de la invasión de Tierra y Libertad, cuando Alberto Anaya Gutiérrez y yo nos presentamos como cualquier compañero de base a solicitar en la Asamblea General que se nos asignara un lote, los compañeros nos bromearon y nos dijeron que primero teníamos que pasar por un periodo de observación que llamábamos "hacer bandera", que era la prueba que se ponía a los solicitantes de un lote con el propósito de simbolizar las penurias de la invasión y con el fin de que los pobladores los identificaran para evitar ser infiltrados.

''Hacer bandera" consistía en vivir 15 días frente a la escuela en una construcción provisional de bloc sobrepuesto,

sin ningún servicio, al terminar el plazo, la Asamblea General asignaba el terreno por sorteo.

El lote que se me asignó se encontraba en la manzana ocho del Sector Centro, a la calle de mi casa le pusimos Emiliano Zapata, símbolo de principios, de honestidad y de rebeldía. Construí mi primer cuarto de ladrillo rojo y todos conocían nuestra casa por esas características.

Mi cuarto tuvo siempre un uso multifuncional. Fue oficina, salón de juntas, recámara, cocina, baño, biblioteca y todo lo que fuera necesario. Las puertas de mi casa siempre han estado abiertas en cualquier circunstancia y a cualquier hora, lo que me ha permitido hasta la fecha no estar nunca sola. Siempre con visitas y atendiendo las necesidades de la comunidad.

Han sido muchas las noches en las que se nos ha despertado para atender algún problema urgente. Desde un enfermo, detenidos, un muertito, un herido, incursiones policiacas y problemas de servicios.

En 1975 nace mi primera niña y empieza lo difícil: compartir su crianza con el trabajo y las tareas políticas. Por mucho tiempo las juntas fueron diarias y terminaban a las tres o cuatro de la mañana. Ahí conmigo, dormidas en una toalla o en los brazos, mis dos primeras hijas compartieron estas reuniones y durante el día cargaba a mi "violín" a las juntas, comisiones, marchas y todo tipo de movimientos que realizábamos.

Las deterioradas condiciones de vida en las que nos encontrábamos propiciaban que mis hijas contrajeran enfermedades con mucha frecuencia, lo que me producía gran angustia.

Por temporadas la mayorcita se quedó con mi mamá, o con su abuela paterna, quienes la consentían y la tenían muy mimada.

Hacia 1976 nuestra organización había sufrido dos divisiones internas, que en resumen no tuvieron consecuencias importantes.

La tercera división interna fue la de mayor efecto sobre el conjunto de la organización, pues una parte de la dirección del movimiento traicionó los principios y se alió al gobierno para destruirnos.

Fueron cinco largos años de hostigamiento, persecución, agresiones, encarcelamientos, cerco policiaco, detenciones, violencia, secuestros e, incluso, intentos de asesinato a miembros destacados de la dirección.

Lo que estaba en el fondo era la lucha por la hegemonía del movimiento, contra los traidores, y por la sobrevivencia de la organización contra los intentos de destrucción del gobierno de Martínez Domínguez.

Nuestro grupo fue el centro de agresiones del gobierno, más aun así mantuvimos la resistencia y conservamos la mayoría de la organización. El gobierno de Martínez Domínguez jugó todas las cartas posibles para desaparecemos, pero no lo logró. Nosotros, ni cobardes ni improvisados, supimos salir adelante.

En esta etapa tenía dos niñas y ya iba por la tercera. Estaba embarazada y el proceso de gestación se dio enmedio de ese ambiente de represión, persecución y hostigamiento.

Una mañana de 1983, a petición del grupo de traidores aliado con el gobierno, un dispositivo policiaco comandado por el subsecretario B de Gobierno, Fernando González Quiroga, mejor conocido como el "Pinolillo", invade

la primaria Emiliano Zapata, violando la legalidad y la normatividad de la Secretaría de Educación. Sin ninguna razón válida y haciendo uso y abuso de la fuerza, a pesar de encontrarme embarazada, me desalojan de mi centro de trabajo, de la escuela que no sólo fundé, sino que contribuí a su construcción y funcionamiento.

Mi delito era estar comprometida con las demandas sociales de mi comunidad y estar en desacuerdo con la política represiva de Martínez Domínguez. Como trabajadora de la educación, recibí apoyo del SNTE ante esta arbitrariedad; a pesar de ello, mi salario fue retenido.

Los padres de familia y maestros me dieron todo su apoyo y solidaridad, lo que me alentó para seguir firme y continuar trabajando en la escuela aun en contra de la voluntad del gobierno y sin sueldo.

En la lucha de resistencia contra el gobierno de Martínez Domínguez organizamos un sinnúmero de movilizaciones. En una de las marchas encabezadas por diferentes grupos democráticos del estado, donde la consigna era hacer un llamado a la unidad, sufrimos una agresión de singular importancia.

Al pasar el contingente frente a la escuela Emiliano Zapata, el grupo contrario y la policía de comparsa agredieron ferozmente a los manifestantes. En ese momento un elemento de la Policía Judicial nos informó que acababan de recibir órdenes superiores para asesinar a Alberto Anaya Gutiérrez, pretextando un enfrentamiento entre grupos antagónicos de la colonia Tierra y Libertad.

El enfrentamiento se dio sin importar la presencia de niños, mujeres y ancianos. Embarazada y con una niña en brazos, sólo supe que había que replegarse y sortear la tromba

como todos lo hicimos, reporteros, grupos democráticos y militantes. Mi nena de dos años fue una de las muchas descalabradas.

Después, faltando un mes y medio para el parto, nace de emergencia y por cesárea mi tercera nena. A los cinco días de esto detienen a Alberto Anaya, luego de haber participado en un programa de una televisora local, en el cual hizo declaraciones fuertes contra el gobernador.

El nuevo panorama era el siguiente: nuestras colonias sitiadas por policías y esquiroles; órdenes de aprehensión contra dirigentes y cuadros populares; Alberto Anaya, Pedro Bernal y Luis Martínez en la cárcel, acusados de delitos prefabricados, burdos y calumniosos, que por su falsedad fueron desechados por las mismas autoridades posteriormente, luego de que cedieron ante la presión del movimiento que nuca lograron apagar.

La situación de la dirección era crítica, en la clandestinidad, sin trabajo y sin recursos. En mi caso incapacitada, con una bebé y dos niñas pequeñas, organizamos la resistencia junto con toda la militancia.

Diariamente y en la madrugada nos reuníamos para evaluar los avances y articular las acciones que continuaríamos realizando hasta lograr la libertad de nuestros presos, recuperar nuestro espacio político y el derecho a la disidencia.

El gobierno martínezdominguista creyó que con Beto en la cárcel el movimiento se desmoronaría. Fue lo contrario, se prendió la mecha. No hubo momento en los cuarenta días de prisión que no hubiera actos de protesta.

Finalmente se llega a una negociación entre el gobierno federal y estatal, con la participación decisiva de Ricardo

Canavati Tafich y nuestros compañeros Marcos Cruz Martínez y Francisco González Gómez. Se acuerda la libertad de los detenidos, se retiran las acusaciones, las órdenes de aprehensión y se logra una postura de neutralidad del gobierno del estado hacia nosotros.

Con Jorge Treviño, siguiente gobernador, mantuvimos durante su sexenio una relación de respeto y de relativo avance a la solución de nuestras demandas.

En esta nueva etapa impulsamos la reintegración, reorganización y el crecimiento de nuestras bases y del Frente Popular Tierra y Libertad.

Con la administración de Jorge Treviño entramos a una nueva etapa y a una nueva relación con el Estado. En lo estatal significó la consolidación de nuestra organización en sus prácticas organizativas y políticas basadas en la gestión y autogestión social. En lo nacional, consolidamos una expresión de movimiento urbano popular de todo el país que se estructuró en la Coordinación Nacional del Movimiento Urbano Popular. En lo internacional, en 1987, fundamos con otras organizaciones de Latinoamérica un movimiento continental a través del Frente Continental de Organizaciones Comunales.

Al mismo tiempo se gestaron las bases para que, junto a otros movimientos magisteriales, campesinos, sindicales y el movimiento urbano popular, se construyera la Organización de Izquierda Revolucionaria Línea de Masas, que fue uno de los destacamentos fundamentales que constituyeron el Partido del Trabajo a fines de 1990.

Estatalmente registramos grandes avances con la formación de nuevos proyectos de vivienda, con el impulso de la autoconstrucción en los servicios básicos y con la creación

de importantes proyectos educativos, en los que sobresalen los Centros de Desarrollo Infantil, la Preparatoria Técnica Emiliano Zapata y las escuelas de Artes y Oficios.

Al mismo tiempo gestionamos la regularización de la tenencia de la tierra y de servicios básicos en importantes bases de nuestro movimiento.

Como partido empezamos a tener más influencia ciudadana. Impulsamos el movimiento de mujeres y también fortalecimos el movimiento campesino a través de proyectos agropecuarios, fundamentalmente en la zona sur de nuestro estado.

En 1985 nace mi cuarta y última hija. Ya para entonces estaba incorporada en mi plaza de directora de primaria y maestra de secundaria. Continué mi preparación académica haciendo diplomados y cursando una maestría en Educación Inicial. Acumulaba muchos años de ricas experiencias en el plano político, profesional y personal que me hacían sentirme realizada como mujer; confirmaba que el espacio que hemos conquistado las mujeres en nuestra organización supera la inercia de desigualdad que prevalece en nuestra sociedad.

No sólo yo crecí y me desarrollé. Fuimos todas las mujeres las que alcanzamos un plano de igualdad y equidad con respecto a los hombres. Rompimos moldes y conquistamos nuestra mitad del cielo.

En todas estas actividades, la participación de la mujer ha sido de gran importancia. Siempre han sido los contingentes mayoritarios en nuestras luchas y también han sido las más politizadas y con mayor solidez ideológica.

En el movimiento urbano-popular estas afirmaciones cobran más fuerza porque no nada más como contingentes,

sino como expresión de dirección, supera por regla general más del sesenta por ciento de los integrantes.

Tierra y Libertad significa uno de los proyectos del movimiento urbano-popular más acabados y consolidados, no sólo en Nuevo León, sino en todo el país. Podríamos asegurar incluso que dentro de Latinoamérica también es uno de los proyectos más destacados, que se han sostenido porque en Nuevo León, en México y a nivel internacional, pocos movimientos sociales han podido sobrevivir por más de 25 años. Este movimiento sigue con expresiones vivas actuantes. A pesar de todo se mantiene con capacidad para adaptarse a las nuevas y difíciles circunstancias económicas y políticas que hemos enfrentado a lo largo de más de un cuarto de siglo de existencia.

¿Qué representan para mí 33 años de lucha y participación social?

Representan todo el significado que mi vida tiene. No concibo mi vida personal separada de las vivencias y experiencias que me han nutrido, porque todas ellas tienen que ver con lo fundamental: nuestro proyecto de sociedad. Hasta las cosas más ordinarias de la vida como comer, dormir, están íntimamente ligadas a esto.

Haciendo un balance, siento una enorme satisfacción de haber dedicado mi vida y mi esfuerzo a lo más bello del mundo, a la lucha por la democracia y por alcanzar un mundo mejor.

¿Qué representa Tierra y Libertad?

Un proyecto de vida que he tenido la oportunidad de compartir con miles de hombres y mujeres de todas las edades, de firmes convicciones, con el compañero de mi vida a quien respeto y admiro, Alberto Anaya, y con mis hijas,

que juntos hemos pasado muchas penalidades, pero también grandes y muy gratificantes satisfacciones. Espero que mis hijas, como mujeres, continúen la lucha por alcanzar no sólo la igualdad de género, que en este punto ya son bastante bravas, espero que orienten su vida siempre con el afán por alcanzar la justicia y la igualdad para todos.

¡Zapata vive, la lucha sigue!

COL. RICARDO FLORES MAGON
SOLISITANTES
ESTAMOS LUCHANDO JUNTOS
PT
UNION de FOTOGRAFOS y CAMAROGRAFOS
"RICARDO FLORES MAGON"

# EPÍLOGO

## Mujeres y vivienda

A través de los testimonios recopilados por Sandra Arenal podemos constatar la dramática situación de la mujer en lo que respecta a los esfuerzos que se ve obligada a llevar a cabo para obtener, ya no digamos una vivienda, sino siquiera un techo para su familia.

Las presentes declaraciones son una muestra de cómo la acción colectiva que significó la toma de Tierra y Libertad no fue neutral desde la perspectiva de género: iniciativas, prácticas, experiencias, nivel de compromiso y duración dentro de la lucha, no se presentaron idénticas para hombres y mujeres, no obstante que ambos hayan compartido problemas similares relacionados con el acceso a la vivienda.

Aunque el movimiento para establecer la urbanización popular significó un esfuerzo tanto individual como colectivo, en las páginas anteriores se destaca principalmente la participación de las mujeres. Por lo tanto, las experiencias recogidas por Sandra Arenal ayudan a disminuir la ignorancia o indiferencia que por lo general existen acerca de la contribución femenina -por medio de las labores cotidianas y de los lazos sociales que tejen desde el interior y alrededor de la vivienda- al sostenimiento del núcleo familiar, base de la sociedad. En nuestra cultura se desconoce el trabajo no remunerado y muchas veces invisible de las mujeres, y en especial de las que pertenecen a las clases populares, quienes participan en el desarrollo de la sociedad a través de jornadas triples: quehaceres domésticos, empleos productivos de toda índole para ayudar al ingreso familiar (varios de los cuales

se llevan a cabo dentro del hogar), y labores para unir a la comunidad, que sólo así logra ejercer presión sobre las instituciones estatales con el fin de obtener servicios públicos y apoyo para la construcción de la vivienda.

Por asociación, la imagen de la mujer es inseparable de la del espacio habitacional, pues al procrear la vida dentro de su cuerpo, presta a sus hijos un espacio para su desarrollo primario. Por eso idealmente se le vincula con el techo que protege, ya que ella es quien da continuidad al arraigo familiar, refuerza la unión de los hijos por medio de sus cuidados y transmite los principios culturales. Sin embargo, gracias a las declaraciones de las participantes en la ocupación de Tierra y Libertad, vemos que la vinculación ideal no siempre puede hacerse realidad de modo tan fácil: estas mujeres tuvieron que desgarrarse internamente para seguir cumpliendo su tarea como punto de cohesión, y al mismo tiempo esforzarse por obtener ese espacio que diera consistencia y perdurabilidad a su familia.

En los testimonios se refleja claramente que, debido a la lucha por la vivienda, las mujeres han crecido y se han desarrollado: de los afanes domésticos pasaron a labores que las llevaron fuera del hogar y, más tarde, se enfilaron al trabajo comunitario y al enfrentamiento con los poderes públicos. Asimismo, en algunos casos es evidente que el desarrollo de las madres tuvo un impacto considerable en su descendencia, pues algunos de los hijos, siguiendo su ejemplo, han continuado con sus tareas en busca del desarrollo de la comunidad.

La mujer es la principal usuaria del espacio habitacional; sin embargo aún no participa activamente en los criterios de los poderes públicos que deciden sobre la vivienda. Esta indiferencia de las autoridades, que contribuye a mantenerla en un estado de discriminación, devaluación y subordinación en un aspecto tan fundamental de su identidad femenina, debe incitarnos a seguir investigando para darle relevancia a las relaciones entre género femenino y vivienda, entre cuerpo femenino y espacio habitacional.

*Mujeres de Tierra y Libertad* nos demuestra cómo la participación femenina es determinante en cualquier cambio social. Por eso es necesario que tanto la educación como la participación de las mujeres, con perspectiva de género, se lleve a cabo con mayor intensidad.

*Celia Ruiz Jerezano*

# ÍNDICE

**Presentación**
María Guadalupe Rodríguez Martínez 9

**Introducción**
Sandra Arenal Huerta 15

**El papel de las mujeres en los procesos de ocupación de la tierra**
María de los Ángeles Pozas 21

**La ciudad y el momento**
Sandra Maldonado Arenal 29

**Testimonios**
*Juanita* 35
*Gloria* 48
*Ana María* 55
*Elvira* 63
*Lourdes* 80
*Antonia* 85
*Martha* 94
*Beatriz* 105
*Maximina* 118
*Lupita* 127

**Epílogo / Mujeres y vivienda**
Celia Ruiz Jerezano 147